

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.



Pedro de la Ramée, reformador de la instrucción pública en Francia.

25 de Diciembre de 1852.

Tomo x. 34

PEDRO DE LA RAMÉE (1).

Pedro de la Ramée, á quien se considera como reformador de la instruccion pública en Francia, murió en 1545 en Cuth, pequeño lugarcillo que ya no existe, de familia noble oriunda del pais de Lieja, que se habia expatriado á fines del siglo XV durante las guerras que señalaron el reinado de Carlos el Temerario. Su abuelo, emigrado en Picardía y falto de recursos, se vió obligado á ejercer el oficio de carbonero; su padre á labrar la tierra, y aun el mismo Pedro en los primeros años de su vida se empleó en guardar algunos cerdos. Empero la indigencia y las desgracias que rodearon su cuna fueron otros tantos estímulos para que se desarrollase su enérgico carácter y temple de alma que habia de hacerlo superior á las vulgaridades de su siglo y hasta á la misma adversidad. Ocho años contaba apenas cuando impelido por el ardiente deseo de instruirse, muerto su padre, abandonó el pais natal para trasladarse á París. Un tio suyo, carpintero, le proporcionó vestido y libros; precioso socorro con el que el jóven Ramus estuvo en disposicion de dedicarse con el mayor ardor al estudio. Falto de medios para subsistir, y firme siempre en su propósito, logró acomodarse de fámulo con un profesor, regente en el colegio de Navarra, uno de los establecimientos mas célebres de la universidad. Tranquilo desde entonces en cuanto á su subsistencia, á fuerza de privaciones y constancia logró por fin conseguir el principal, y puede decirse el único objeto de sus deseos, que era instruirse. De dia desempeñaba con celo las obligaciones de su ministerio; las noches las dedicaba al estudio. Apenas contaba 24 años cuando ya estaba en disposicion para aspirar al título de maestro en artes, que tanto ambicionaba. Tambien en esta ocasion acudió á su socorro el buen tio con su pobre madre, y á fuerza de sacrificios pudieron sufragar los gastos universitarios.

Mas apenas dejó los bancos de las aulas el jóven escolar de Navarra, revelaba ya un genio, no solamente nutrido y firme en las ideas que habia adquirido, sino tambien en reformador atrevido, decidido á sobreponerse á las máximas rutinarias y echar por tierra las rancias teorías hasta entonces admitidas. Algunas proposiciones que se aventuró á dar á luz y que ofreció defender en pública palestra, promovieron el mayor escándalo entre los sábios de la época; pero el mas brillante éxito coronó los esfuerzos y la ciencia del impertérrito campeón. Un dia entero y en presencia de una multitud de sábios, que habian acudido dispuestos á refutar sus proposiciones, y de oyentes ansiosos de presenciar aquella disputa académica, sostuvo su tesis, desplegando los recursos de su ciencia con argumentos tan brillantes y razones tan sin réplica, que en algun modo apaciguó la indignacion de sus adversarios y arrancó los aplausos del numeroso concurso.

Alentado con este primer ensayo, se decidió á llevar mas adelante su empresa de reformas; y estos ataques dirigidos á rebatir los errores del siglo y doctrina aristotélica, le suscitaron tantos enemigos como envidiosos, y aun

el disgusto del príncipe reinante, fundador de aquel colegio.

Empero con la muerte de Francisco I, acaecida en 1547, cesaron sus persecuciones y sonó la hora de su triunfo. Habia sido condiscipulo suyo en el colegio el cardenal de Lorena, y desde luego se declaró su Mecenaz y protector. Muy pronto obtuvo del rey Enrique II., del que llegó á ser luego uno de sus mas influyentes consejeros, la revocacion de la sentencia promulgada por el precedente monarca, y de este modo se vió Ramus libre de la sentencia judicial que le privaba de ejercer todo acto literario y emitir sus ideas por escrito. El, sin embargo, no habia esperado esta absolucion oficial para seguir, aunque por distinto rumbo, el curso de sus tareas literarias: desde el año de 1544 servia una cátedra de matemáticas, al mismo tiempo que daba lecciones de elocuencia, y al siguiente año publicó una traduccion latina de Euclides, que dedicó á su protector el cardenal de Lorena. En este mismo año de 1544 fué llamado por el rector en gefe del colegio de Presle, despoblado á la sazón de discípulos á causa de la peste; mas la nombradía de Ramus, el brillo de sus lecciones y el irresistible atractivo de su palabra, volvió á reunir muy en breve numerosos oyentes; poco tiempo despues fué elegido rector del mismo colegio, cuyo cargo desempeñó hasta su muerte, no obstante que en 1551 por influjo del cardenal, fué nombrado profesor de elocuencia y filosofia del colegio de Francia.

Desde el momento en que ascendió á tan superior puesto hasta la época de su fallecimiento, es decir, durante un periodo de veinte años, su carrera fué una continua tarea dividida entre el desempeño de su doble magisterio, sus numerosos escritos, y la polémica personal que hubo de sostener constantemente y sin interrupcion con sus adversarios.

Cincuenta obras ú opúsculos salieron sucesivamente de su pluma durante este periodo, ademas de algunas publicadas anteriormente (1), y se difundieron por toda Francia y paises estrangeros haciendo numerosas ediciones. Estos escritos abrazan, y aun se estienden mas allá del círculo completó de los conocimientos literarios y didácticos comprendidos en su tiempo en el plan general de estudios literarios: gramática, retórica, dialéctica, filosofia, matemáticas; lenguas francesa, latina y griega, dilucidando y poniendo notas marginales sobre estas varias materias para aclarar el sentido y varios pasajes oscuros.

Bajo el título de *Observaciones sobre la reforma de la universidad de París*, dirigió al rey Carlos IX en 1562 una memoria llena de sabiduría y energia, en la que desembolvía y hacia patente de una manera terminante los abusos que viciaban en su totalidad esta institucion, trazando al mismo tiempo la marcha y medios que debian adoptarse para remediarlos. La primera parte de este escrito, presenta á la vista un estado de los derechos fiscales que reportaba la universidad bajo diversos conceptos. Para obtener el grado de bachiller en artes, primer escalon para ascender á las demas ciencias, se exigia desde luego al aspirante y bajo diferentes denominaciones, tan arbitrarias como caprichosas, la cantidad de 36 libras 13 sueldos (2). La facultad

(1) Sin contar sus escritos póstumos ó que quedaron inéditos.

(1) Mas conocido con el nombre de *Ramus* entre los escritores de aquel siglo que acostumbraban á latinizar su apellido.

(2) Doscientos cinco francos próximamente de la moneda actual: en aquella época el valor de la moneda era cuatro veces mayor, comparado con la de hoy.

de cánones, reducida algunos años antes por una decision del parlamento de Paris (de 43 de junio de 1534) á una módica cantidad, solo costaba 28 escudos incluidos todos los gastos que gravaban sobre todos los estudiantes desde el bachiller hasta el doctor (1). Tocante á esto, Ramus se abstiene de toda critica. El doctorado en medicina lo calcula por lo mas bajo en 881 libras 5 sueldos (2); y en fin, el de teología en 1,008 libras (3).

«Haced, pues, que cese, esclama dirigiéndose al monarca, semejante estado de cosas: ¿no es indecoroso que la puerta para entrar á las ciencias se cierre á la indigencia instruida y meritoria á consecuencia de estas exacciones pecuniarias? Redúzcase el número de maestros haraganes; consérvase solamente un pequeño número de sujetos hábiles escogidos y nombrados por el príncipe.»

En seguida y á un mismo tiempo ataca otro abuso: propone que los honorarios de los maestros graviten sobre los beneficios eclesiásticos. En la segunda parte de su memoria critica con tanta razon como sagacidad el sistema de enseñanza que se seguia entonces para las facultades mayores. Tan improbo trabajo y observaciones espuestas con el mas noble y desinteresado objeto lejos de grangearse la estimación y respeto, ya que no la admiración general, solo valió á su autor atraerse varios adictos, algunos amigos, pero al mismo tiempo un número mas considerable de implacables enemigos. Aunque exento Ramus en todas sus producciones literarias, y mas todavía en su conducta y conversaciones, de ese lenguaje grosero, de esa rabia feroz y estúpida de que hay tantos ejemplos y que deshonran los anales científicos y literarios de su tiempo, desenvolvía en todos sus escritos aquella lógica inflexible, aquel arrojo tenaz propio de los innovadores que llevó hasta el heroísmo.

Fervoroso y sincero católico al principiar su carrera, simpatizó y aplaudió como lo hicieron todos los mas eminentes sabios de su época, la convocación para sancionar la libertad de conciencia que vió ostentarse en torno suyo, y no pasó mucho tiempo sin que abrazase él mismo el protestantismo. Empero esta última aspiración hacía la libertad religiosa debía serle mas funesta, todavía que sus innovaciones literarias, porque fué envuelto en la mortandad de la San Barthelemy, y asesinado en su colegio de Presle, calle de San Juan de Beauvais, el 26 de agosto de 1571, en medio de los mas atroces y bárbaros tormentos (4).

Si la historia trata de buscar entre las victimas de este deplorable y nefando acontecimiento mucho trabajo le costará encontrar otra mas noble, y una pérdida mas irreparable. Ramus, como se vé en el retrato que va al frente de este artículo, revelaba en su exterior los inequívocos rasgos de una robusta organización: frente espaciosa, nariz aguilena, su erguida cabeza, su actitud, su fisonomía, todo en él manifiesta la inteligencia unida con la grandeza de ánimo. Su lecho era unas pajas: se levantaba con la aurora, trabajaba todo el día, y por espacio de veinte años se abstuvo del vino hasta que los médicos le mandaron que lo bebiese. Toda su vida observó rigurosamente

el celibato que las leyes de la universidad imponían á su profesion: gastaba algun lujo en los muebles y en sus vestidos, y llamaba á la elocuencia un don del cielo y santa profecía.

Esta definicion hace ver que él mismo se sentia inspirado: Bartome y Pasquier que tuvieron ocasion de oírle, están acordes en reconocer en él esta preciosa facultad: el primero en una satírica anécdota, declara que Ramus la ejercitaba, no tan solo en la cátedra y en presencia de una numerosa concurrencia, sino que alimentaba constantemente en su pecho este fuego sublime que únicamente posee el orador, y que por medio de su palabra sabe inspirar en el corazón de cuantos le escuchan. En 1570 rehusó las grandes sumas que se le ofrecieron para que fuese á encomiar las virtudes del duque de Anjou que solicitaba atraerse los votos de la dieta de Polonia diciendo: «que su palabra no era venal.» Jamás acumuló riquezas: rehusaba toda clase de remuneración, contentándose con una módica cantidad para atender á sus necesidades y aun esta la dividía con sus discípulos pobres que siempre mantuvo en Presle y que fueron despues apasionados amigos y esclarecidos sabios.

Dejó para despues de su muerte 700 libras de renta sobre la casa de ayuntamiento de la ciudad, y en su testamento, dictado en las treguas de tranquilidad que le concedía su ingrata patria en medio de dos persecuciones, disponía se distribuyesen en varias mandas particulares, y el resto de sus bienes fuese aplicado á dotar una cátedra de matemáticas en el colegio de Francia, con la obligacion de que el profesor habia de obtenerla por oposicion, y servirla únicamente por tiempo de tres años; esta cátedra subsistió hasta el siglo XVIII, con el nombre de *cátedra de Ramus*.

Si algunas de sus innovaciones literarias suscitaron justa repugnancia tambien sufrieron vivas refutaciones, aunque despues fueron modificadas por el mismo que las habia promovido (1).

Obtuvo por fin esta recompensa que la justicia divina reserva á sus escogidos á despecho de los malévolos, esto es, dejar tras ellos algunas semillas que á su tiempo deben germinar y dar sazonados frutos.

Los escritos didácticos de Ramus han contribuido de una manera eficaz y positiva al arreglo y renovacion del plan de estudios, en especial en Alemania y aun en su misma patria, en la que su nombre es justamente ensalzado con antelacion al de Descartes, como uno de los fundadores de la filosofía moderna.

ESTUDIOS DE VIAGES.

EL CABO DE BUENA-ESPERANZA.

Todos los buques que navegan por el Atlántico con rumbo al Océano Indico tienen precision de doblar el cabo de Buena-Esperanza, para salvar el continente africano, y disminuir hácia el E. la longitud de 22 á 24° que se con-

(1) Se refiere especialmente á su thesis contra la doctrina de Aristóteles y su proyecto de reforma de la ortografía francesa.

(1) Trescientos once francos 92 céntimos.

(2) Tres mil trescientos cinco francos 40 céntimos.

(3) Tres mil setecientos cincuenta y siete francos 50 céntimos.

(4) Se atribuye á Charpentier su rival y enemigo, haber convocado y escitado con su presencia á los asesinos para saciar su cólera y satisfacer una venganza personal.

traen al O. E. por causa de las brisas del hemisferio meridional. La navegacion es generalmente buena desde los puertos de Europa al Ecuador; mas luego que la nave traspone la línea divisoria del mundo, y surca las azuladas aguas del mar Austral, empieza para ella un rudo y continuado combate, que suele terminar con el naufragio, cual si los genios invisibles del otro medio mundo quisiesen castigar así el espíritu fuerte y levantado de los hijos del Norte. Y en efecto, hubo un portugués en otro tiempo (Bartolomé Diaz, 1483) cuando la cosmografía era parte de los estudios nigrománticos, que al ver venir sobre la proa de su buque las gigantescas olas del mar del Sur, arrastradas

por los brisotes del S. E. creyó que el Omnipotente las hacia jugar de aquella manera contra las escursiones temerarias de los aventureros, y tuvo por insensato empeño continuar mas adelante. Denominó *Mar de las Tempestades* al que no logró vencer con su osadía, y dió una virada en redondo para marchar en popa en demanda de las aguas del Tajo. Mas tarde (1498) un célebre navegante, *Vasco de Gama*, se resolvió á vencer las dificultades, hasta entonces insuperables, del mar Atlántico meridional, y pudo doblar el cabo de las Tormentas, que desde entonces se llamó de *Buena-Esperanza* para perpétuo lauro del vencedor y aliento de los pilotos futuros.



Hotentotes del cabo de Buena-Esperanza, copiados del natural.

En la actualidad es una via accesible aunque no exenta de peligros la del famoso Cabo. Si se recala en noviembre, que es la primavera del hemisferio del S., está uno espuesto á los huracanes del S. O. E. que vienen acompañados de nieve y granizo. En junio reinan los frios vientos del polo, y en todo tiempo la mar se mantiene arbolada, ofreciendo un espectáculo aterrador á los ojos del angustiado navegante.

Invitamos á nuestros lectores á que procuren examinar los diarios de vitácora de una embarcacion cualquiera, porque ellos son los cronistas íntimos á que debe consultarse para saber los refinados tormentos, que sufren por amor á su profesion esos marineros valerosos, que vemos lanzarse todos los dias á través de los mares polares en busca de nuevos descubrimientos, como si el mundo fuera campo estrecho para su ambicion. En esos diarios inéditos, cada singladura suele ser una batalla ganada, ó mas bien el enredo de un drama sangriento, cuyo desenlace se adivina por la pérdida del timon, por la escasez de vituallas ó por

las epidemias desarrolladas á bordo, menos temibles tal vez que los desastres anteriores.

Nosotros hemos tenido la fortuna de no contar los dias de navegacion por los de desgracias ocurridas á bordo, y sin embargo, cuando arribamos al cabo de Buena-Esperanza, habiamos navegado muchas millas á palo seco, dando tumbos por la superficie piramidal de una mar irritada, y contábamos averias en el material de la nave de difícil reparacion, si bien no eran bastantes á torcer nuestro rumbo.

Hemos dicho mas arriba que *Vasco de Gama* fué el primero que penetró en el Océano Indico, salvando el cabo de Buena-Esperanza. El establecimiento de la colonia data sin embargo de una época posterior (año 1650). En ese año un cirujano holandés llamado *Van Rikbeck* de vuelta de las Indias Orientales, observó que el pais del Cabo era naturalmente rico y susceptible de abono; teniendo por habitantes una raza de hombres negros de dócil carácter. Al regre-

sar á Holanda, espuso sus observaciones á la compañía de las Indias, y esta hizo armar tres navios que concedió á *Van Rikbeck*, nombrándole de antemano gobernador de la nueva colonia. El cirujano se condujo con bizzarria y pudo arribar al Cabo sin novedad. Empezó por comprar su patria á los hotentotes, mediante una suma de quince mil florines pagaderos en mercancías: hizo levantar un fuerte para seguridad de los colonos europeos: construyó en el interior del pais, á dos leguas de la costa, un bellissimo jardin con las mejores semillas de Europa; y ofreció en nombre de la compañía holandesa 72,000 pies cuadrados de tierra de cultivo con derecho de propiedad á todos los que quisiesen es-

tablecerse en la naciente colonia, siempre que á los tres años se encontrasen en estado de subsistir por sí mismos, contribuyendo á los gastos del situado de la guarnicion.

La fama de las maravillas del suelo africano condujo en un principio al cabo de Buena-Esperanza á multitud de holandeses, alemanes y franceses fugitivos de resultas de la revocation del edicto de Nantes, habiendo sido estos últimos los que introdujeron el cultivo de la vid, que tan esquisitos vinos está produciendo en el dia. En 16 de setiembre de 1795, fué tomado el cabo de Buena-Esperanza por las fuerzas navales inglesas. Restituido á los holandeses por la paz de Amiens, cayó de nuevo en poder de la Gran Bre-



Bosjesmanes del cabo de Buena-Esperanza, copiados del natural.

taña en 1806, conservándolo definitivamente esta potencia mediante cesion formal hecha por la Holanda en 1814.

La colonia del Cabo forma hoy el núcleo principal de las posesiones inglesas en esta parte del mundo, y es uno de los puertos mas importantes del globo, bajo el aspecto militar y el mercantil, pues que se considera como la plaza mas fuerte del Africa, siendo ademas un punto de escala para los barcos que van y vienen de Asia. Sus confines son al N. la Hotentotia independiente: al E. la Cafreria propiamente dicha; al S. el Océano Indico y al O. el Océano Atlántico. El gobierno del Cabo abraza una extension de 170 leguas de longitud por 70 en su anchura media, y tiene 34 leguas de costa en esta forma: 216 por la parte del S. y 42 por la del E.

La ciudad del Cabo (Cap-Town) está situada á los 33º lat. S. cerca de las montañas de la Tabla y del Leon en el fondo de la bahía de Tablas (Table-bay) sobre el Atlántico, y á corta distancia de la bahía Falsa en el Océano Austral. A pesar de tan ventajosa situacion, puede decirse que el Cabo no es el verdadero puerto de la colonia, por cuanto sus dos bahías se hallan espuestas á los vientos y ofrece un fondeadero poco seguro. Las bahías de la costa del Atlántico están generalmente abiertas hacia el N. O.: las de la costa meridional lo están hacia el E. S. E. menos la bahía Falsa, que está abierta hacia el S. La bahía Simon en la costa meridional ofrece un seguro anclaje en mayo y parte de junio.

El pais que ocupa la colonia del Cabo, está generalmente cubierto de montañas, que forman una serie de terraple-

nes á partir de las aguas del mar. Las mas notables son la de la Tabla (*Tafelberg*), la del Leon (*Leuvenberg*), la del Diablo (*Diuvelsberg*) y la del Tigre.

La primera, que ha dado nombre á la bahía, es de granito cubierto de capas arenosas, y tiene de altura 4,447 pies. Durante la estacion de verano, ó lo que es lo mismo, desde el mes de diciembre al del marzo, y á veces en el curso de otros meses acostumbra á formarse una nube blanca sobre la cima de esta montaña y la del Diablo, cuya nube parece ser la causa de los furiosos vientos del S. E. que se experimentan en el Cabo. Como la montaña termina en forma de mesa, luego que los marineros aperciben la nube exclaman con acento de broma: «Muchachos, la mesa está servida;» y en el mismo instante se ponen á la obra para evitar los estragos del huracan.

Dicen algunos que la montaña del Leon (separada de la anterior por un pequeño descenso), debe su nombre á la multitud de animales feroces, especialmente leones, que albergaba antiguamente. Otros aseguran que se llama así por la semejanza que tiene vista desde la mar, con un leon acostado. En la cúspide de esta montaña hay una casita donde de continuo hacen guardia dos hombres, para dar aviso al castillo de la aproximacion de los buques.

La montaña del Diablo, llamada tambien montaña del Viento, está separada de la del Leon por un gran barranco. Debe sus dos nombres á la triste celebridad de los vientos del S. E. que se anuncian por medio de la nube blanca de que hablamos mas arriba. Estos terribles vientos salen de la referida nube como de la boca de un saco, y es tal y tan grande su violenta furia, que derriban las casas de cal y canto, levantan en alto las cabañas y causan mil destrozos en los buques anclados, algunos de los cuales van garrando á deshacerse en la playa á muchas varas de distancia dentro de tierra.

Se ha calculado que en los grandes huracanes del cabo de Buena-Esperanza y de la mar de China tiene el viento una fuerza equivalente á 420 millas por hora, ó lo que es lo mismo, á 40 leguas maritimas de veinte al grado. Ahora bien, si se considera que el buque mas marinerio no anda nunca cinco leguas por hora, y que la mar corre formando montañas de agua seis y á veces siete leguas en igual espacio de tiempo, se comprenderá la posicion desesperada de la nave que tenga la desgracia de verse sorprendida por el huracan en las altas latitudes. Por un lado es acometida de la mar que lleva mayor salida que ella; por otro tiene que oponer una resistencia pasiva cuando menos de 35 leguas por hora. De aquí resultan luego esas horribles catástrofes que en tierra no pueden concebirse: las velas se rifan en mil pedazos estando fuertemente aferradas: los palos se tronchan á raíz de la cubierta: el timon se rompe por la caña: las bordas saltan hechas astillas, y el casco del buque abriendo sus junturas con pavorosos crujidos, desaparece debajo del agua ó se mantiene á flote como una boya, porque la Providencia ha querido salvar la vida de los infelices que imploran su salvación posternados abordo. Si alguna cosa hay en el mundo mas horrorosa que la misma muerte es un huracan en los mares australes.

La ciudad del Cabo es una bonita poblacion edificada al gusto europeo, donde residen el gobernador y las autoridades superiores de la colonia: está defendida por un castillo de forma pentágona, protegido á su vez por las líneas

que se extienden desde la montaña del Diablo hasta la orilla del mar, y por algunas baterías diseminadas á lo largo de la costa. Las casas son de piedra ó de ladrillo, bastante bien construidas, con tejados en forma de azoteas. Las calles bien alineadas están cortadas en ángulos rectos: son anchas y la mayor parte tienen aceras y árboles á derecha é izquierda. Como las montañas que circundan la ciudad son áridas en extremo, donde quiera que se ha encontrado terreno vegetal se han construido bellísimas casas de campo que rodeadas de jardines y á veces de grupos de árboles y diseminadas por las pendientes de las colinas, se asemejan á otros tantos oasis en un vasto desierto.

La ciudad tiene tres plazas, una casa consistorial, un hospital donde caben seiscientos enfermos, una iglesia católica, otra calvinista, una biblioteca pública, un colegio de instruccion superior y varias escuelas elementales, una casa de fieras, un jardin botánico que sirve de paseo, y hermosos cuarteles. A pesar de todos estos elementos, la educacion está bastante descuidada entre los habitantes del Cabo. Los hombres se dedican al comercio y agostan su vida fumando y bebiendo té y nebrina. Las mugeres son vivas y graciosas; algunos añaden que los viajeros no suelen quedar descontentos de su amabilidad.

En las cercanías de la ciudad, notables como ya hemos dicho por las deliciosas casas de campo donde los habitantes acomodados se retiran durante los grandes calores, se eleva la aldea de *Constanza*, construida por el gobernador holandés *Vanderstel* en memoria del nombre de su esposa, á quien, sin embargo, no pudo inspirar bastante complacencia para que le siguiese en su escursion al Africa. *Constanza* da nombre á un vino delicioso apenas conocido en Europa, porque la cantidad que se recolecta es insuficiente á satisfacer las necesidades de los isleños, que como es sabido son excelentes potistas. En general todos los vinos del Cabo llevan el nombre de *Constanza*; pero aun cuando proceden de Persia, Madera y las orillas del Rhin, no deben confundirse con el néctar espirituoso y agradable del verdadero *Constanza*.

Los hotentotes son los habitantes originarios del pais: manifiestan poca inteligencia y aun menos memoria, la mayor parte son nómadas como los tártaros y excelentes tiradores de dardo y flecha. El origen de esta raza es muy oscuro. Ellos dicen que sus antepasados entraron en el pais por la ventana de una cabaña: que el hombre se llamaba *Noh* y la muger *Hinhnoh* y fueron enviados por *Tikquoa*, esto es, por el mismo Dios, para que enseñasen á sus hijos el arte de alimentar á las bestias. Son de talla elevada, robustos y bien formados, especialmente de medio cuerpo para arriba. Se parecen á los negros en el color, en el tamaño de los ojos, en la nariz aplastada de intento, en la boca grande y los labios gruesos, en la cabeza larga y angosta, en la frente pequeña, en los pómulos prominentes, en las mandíbulas abultadas, en el cabello corto y lanoso y en los pies anchos, prolongados y sin empeine. Su alimento principal consiste en frutas y raíces, y en alguna carne que cuecen con la sangre propia del animal mezclada con leche sin ningun condimento. El vicio favorito de los hotentotes es la pereza: trabajan cuando se ven acosados por el hambre; mas cuando creen haber satisfecho sus necesidades presentes se vuelven sordos á todo linaje de instancias, y no hay poder humano que les haga vencer su inercia.

natural. Otro vicio de los hotentotes es la embriaguez. En teniendo á su disposicion aguardiente y tabaco, beberán hasta caer por tierra; fumarán hasta volverse ciegos y gritarán hasta perder la voz. Las mugeres se entregan como los hombres á los excesos de la intemperancia, y cuando han logrado embriagarse, llevan la locura á los extremos mas reprehensibles.

La costumbre de inmolarse á sus hijos y á los ancianos, es peculiar de los hotentotes y de algunas naciones de Asia. Sobre la primera de estas dos barbaridades que deshonra á la China y al Japon contestan, si se les pregunta, apelando á la costumbre; respecto á la segunda pretenden que es un acto de humanidad, porque dicen que cuando el hombre llega á cierta edad le vale mas morir á mano de sus deudos que perecer de hambre en una choza ó entre las garras de los animales feroces. Cuando una muger da á luz dos varones, se conserva la vida á ambos, y se hacen grandes fiestas en la rancheria (*Kraal*); si son dos hembras acostumbran á matar á la mas fea; si son varon y hembra, sacrifican á la última, colgándola de una rama de un árbol, ó enterrándola viva. Los europeos del Cabo tienen la humanidad de hacer educar á los niños que encuentran abandonados; mas cuando estos llegan á la mayor edad, renuncian á las costumbres, á la religion y al traje de sus bienhechores, para conformarse con los hábitos de su nacion.

El traje de los hotentotes es un manto de piel abierto ó cerrado por delante segun la estacion. Los ricos usan el (*krosses*), que se compone de pieles de pantera ó de gato montés. Los pobres gastan pieles de carnero, cuya parte lanosa vuelven hacia fuera en el verano. El traje de las mugeres es enteramente igual al de los hombres, á escepcion del gorro, que se eleva en ellas espiralmente sobre la cabeza, mientras los de los hombres van pegados al cráneo. Las mugeres llevan también un *krosses* abierto por delante como los hombres; unos y otros ocultan el estómago y el vientre con pieles de gato montés. Los hotentotes son muy aficionados á engalanarse la cabeza con botones de cobre y placas del mismo metal. Algunos suelen además afeitársela dejando un círculo de vellones de lana sobre la corona occipital, lo que les hace aparecer horribles. Un pequeño fragmento de espejo es mas estimado en este pais que los diamantes en Europa. El mortal que llega á conseguir tan anhelado tesoro es capaz de renunciar á sus riquezas, con tal que le permitan pasar el dia contemplando los atractivos de su bella cara. Nosotros hemos tenido ocasion de ver á hotentotes de seis pies de estatura dejar abandonada la comida, el tabaco y el aguardiente por saborear á sus anchas las delicias de un pedazo de espejo. Los pendientes y collares de vidrio ó de cobre son distintivos de la alta clase hotentota, la cual acostumbra á llevarlos suspendidos de los cabellos.

El lenguaje de los hotentotes es duro y mal articulado, aun cuando abundan en él las vocales: una misma palabra tiene varias significaciones; su pronunciacion es áspera y vibrante. Para denotar las especies distintas de pájaros añaden un epíteto á la palabra *kourkour*, que significa ave en general, y dicen por ejemplo, *kamma kourkour*, pájaro acuático. La aritmética se reduce á diez unidades en esta forma: uno (*okeui*), dos (*k'ham*), tres (*k'hounna*), cuatro (*hakka*), cinco (*koó*), seis (*nanni*), siete (*honko*),

ocho (*khissi*), nueve (*k'hessi*), diez (*chissi*). Si tienen precision de designar ciento, cuentan diez veces diez y repiten dos veces el numeral (*chissi*). La repeticion de este número tres veces denota mil y así sucesivamente.

Las armas de los hotentotes consisten en el *kirris*, que es una barra de hierro de tres pies de longitud por una pulgada de diámetro, el *rakoum*, especie de lanza arrojada de que se sirven en la caza con una destreza prodigiosa, el dardo, la flecha, el cuchillo, y algunos usan también el fusil (*knabou*).

Sin embargo de que ambos sexos tienen una pasion desordenada por la música, lo mismo que por el tabaco y los licores, no conocen mas que un instrumento el *gongom*, que es comun á todos los negros de la costa de Africa. Para bailar forman círculo los espectadores poniéndose en caxilllas: suena el *gongom*, y á su dulce chirrido baten palmas con estrépito cantando un *hó, hó, hó*, que aturdiria por su mérito vocal y armónico á nuestros mejores compositores. Las parejas de baile se colocan unas en frente de otras y empiezan á moverse separándose diez pasos el hombre de la muger: nunca se toman de las manos, ni se adormecen en mútuo arrobamiento, ni se abrazan con avidez, ni se estrujan tan incivilmente como nuestros modernos polkistas. Entre los bárbaros habitantes de la Hotentotia, la danza es un ejercicio corporal sin mezcla de alicientes livianos: cada pareja baila una hora, y cuando se cansa sale otra del corro, hasta que los músicos se dan por vencidos. Las mugeres en situacion de espectadoras, ó las bailarinas de reemplazo se mantienen al lado de los hombres cantando con los ojos bajos el tierno y patético *hó, hó, hó*.

Es muy difícil averiguar en qué fundamentos descansa la religion de los hotentotes y cuáles son sus creencias respecto del Ser Supremo. Reconocen un dios creador de todo lo que existe, al que llaman *Gounga-teknoa*, esto es, Dios de todos los dioses, y dicen de él «que es un excelente sugeto incapaz de hacer mal á nadie, y que habita en un palacio mas alto que la luna.» Este astro es para los hotentotes un *gounga* de segundo orden, como si dijéramos, un delegado del hombre del palacio, á quien sin embargo de su omnipotencia no tributan culto alguno, mientras en honor de la luna sacrifican parte de sus ganados y la ofrecen carne y leche. Se ignora porque rinden también adoracion y consideran como una divinidad favorable á un insecto asqueroso peculiar de aquellas regiones. Lo cierto es que en el punto que lo descubren le dirigen las muestras mas profundas de respeto y honor; y si tiene la fortuna de presentarse en un *kraal* todos los habitantes se juntan en asamblea para recibirle como si fuese un ángel bajado del cielo. No tienen ninguna idea de la vida futura ni esperan en la resurreccion de la carne. Ultimamente, los hotentotes consagran cierta veneracion á los santos de su calendario, que son los hombres que con sus virtudes, sus buenas obras y su valor, se han adquirido una reputacion inmortal entre sus compatriotas. Tal es el fondo de la religion, á que los hotentotes se muestran adheridos con una supersticiosa é indestructible tenacidad.

Dejando ahora los seres racionales para ocuparnos de los irracionales, diremos, que la colonia del Cabo encierra la mas estraña y preciosa coleccion de animales feroces. Allí viven en perpétua guerra los lobos, los chacales, las hienas, los tigres, las panteras, los leones, los elefantes y

rinocerontes, los hipopótamos, las cebras, las cabras libicas, las focas, los avestruces, los pájaros carneros notables por su magnitud y la belleza de sus plumas, los búfalos, las serpientes, los monos y los perros salvajes. Entre los animales domésticos figuran el buey, el cerdo y el carnero. Este último se distingue de los de Europa por la cola, que es ancha, corta y plana como una cartera: su carne es tierna y de un gusto esquisito muy superior al de los carneros de Arabia. En casi todas las bahías de la colonia se pescan con facilidad enormes ballenas, si bien en el día no abundan tanto á causa de la persecucion que sufren de los balleneros americanos. Para que nada falte en este extraño mosaico, hay tambien ejércitos de ratas y ratones, que habitan en los campos: alacranes y arañas venenosas, y una clase de escorpion cuya mordedura es mortal si no se acude á tiempo con el antidoto.

Hemos dicho que los hotentotes son los habitantes originarios del Cabo. A pesar de sus defectos posee esta raza virtudes singulares, que no dejan de explotar los ingleses con harto buen resultado. No sucede lo mismo con la segunda raza de color, conocida con el nombre de *bosjesmanes*. Son estos unos negros salvajes incapaces de civilizacion que viven en los bosques confundidos con las fieras á las que se asemejan por sus instintos. Se ejercitan en el robo

y la matanza y atacan del mismo modo á los colonos blancos que á los hotentotes. La tercera raza de color se compone de los *cafres*. Estos forman una nacion independiente, dotada de hombres vigorosos y diestros en el manejo de las armas, que han estado siempre en lucha con los europeos, á los que consideran como usurpadores.

En el momento en que escribimos estas líneas (10 de marzo de 1852), acaban de llegar á nuestras manos noticias del cabo de Buena-Esperanza, en que se pinta la triste situacion de los blancos obligados á refugiarse en la ciudad, por causa de la guerra que los ingleses sostienen contra los cafres hace más de un año. Parece que los salvajes se muestran mas aguerridos que nunca, y que no temen ya á las balas rojas. Este es un hecho que la Inglaterra debe estudiar con reflexion, porque va en ello la existencia de muchos miles de europeos, y el porvenir de una brillante colonia. Si está escrito que el cabo de Buena Esperanza ha de ser con el tiempo patrimonio esclusivo de cafres y bosjesmanes, valdrá mas que antes lo sepulten los arenales del Sahara, ó que las olas del mar Austral, derribando sus montañas de granito, nivelen aquella tierra ingrata y aquellos albergues de fieras, haciendo retirar á los salvajes al corazon del Africa.

FRANCISCO SEPULVEDA.



Assouan.—Primera catarata.



Moisés.

FRAGMENTO DE UNA OBRA INÉDITA (1)

La religion es una satisfaccion que damos á las necesidades mas misteriosas del alma, es la expresion manifiesta y palpitante de las relaciones que unen á la criatura con su Criador, á nuestra vida presente con nuestro destino futuro, el mundo de las cosas visibles con un órden de cosas sobrenaturales; es la religion un vínculo sacrosanto que establece el cielo con las sociedades humanas, es en fin, la ley por excelencia que impone dogmas y preceptos morales sancionados por la imperecedera justicia del Todopoderoso.

La religion y la filosofia, por lo que dice relacion con su enseñanza, suelen tener algunos puntos de contacto; mas á pesar de esta union, que puede llamarse accidental y transitoria, la religion difiere mucho de la filosofia. Aquella exige un culto, y organiza esteriormente la verdad sagrada, y hace que le rinda homenaje, no solamente el cuerpo, sino tambien la inteligencia; ademas, difiere de la filosofia, mas que por todo, por los títulos de autoridad que tan justamente invoca.

Los que presuman que el génio del hombre, y las dotes mas eminentes de una razon sensata y privilegiada bastan para producir una religion en medio de un gran pueblo, padecen una equivocacion manifiesta. Las religiones, verdaderas ó falsas, imponen el inevitable precepto de la fé, sobre la cual estriba todo el éxito de su enseñanza; dictan la fé en nombre de una autoridad sobrehumana, porque sin ella desaparece la primera base de los cimientos sobre los cuales se sostienen. Tanto el politeismo griego como el romano, no quisieron nunca discutir racionalmente los derechos de sus fabulosas divinidades ante el acatamiento servil de los mortales; y colocaba su manifestacion terrestre en la oscuridad de sus orígenes racionales, y bajo el prestigio de lejanas y poéticas tradiciones. Mahoma se lanza al campo de la conquista, iluminado con las visiones de la soledad; manifiesta sus conversaciones con el ángel Gabriel; este prodigio le convierte por fin en profeta á los ojos de sus belicosos discípulos, que reconocen como nueva religion, un conjunto de tradiciones judías y cristianas, modificadas por las supuestas inspiraciones de aquel hombre de génio; despues el alfanje hace que enmudezca la incredulidad. No me cansaré de repetirlo; de la fé dimanan todas nuestras virtudes; de la fé, y nada mas que de la fé, estriba el poderoso influjo de nuestras propias convicciones. ¿Qué poema será divino? ¿Qué pintura merecerá el título de bella, si el entendimiento, ó la vista que juzga ambas cosas, no se convence plenamente de que existe una verdad oculta, tanto en el poema como en el cuadro?

(1) El reducido límite que hay que dar á los artículos del Museo no nos permite insertar íntegra la introduccion con que ha de empezar la obra que está escribiendo don I. A. Bermejo con el título de *Historia de la Religion cristiana*, destinada á formar parte de la coleccion de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA. Sin embargo, los siguientes trozos enresacados de dicha introduccion bastarian para dar una idea de las cualidades que deben recomendar este libro. Tambien presentamos el adjunto grabado como muestra de los muchos que han de ilustrar la misma obra.

Las acciones mas levantadas del heroismo fueron hijas del convencimiento de la fé; Lacedemonia admira y respeta con fé-sumisa los preceptos de Licurgo, y Lacedemonia dá ejemplo de sabiduria á todas las demas ciudades del mundo; el inmortal Cristóbal Colon, abandonado, despreciado, sin mas compañero ni guia que una fé ardiente que le anima y estimula; cree que existe otro mundo mas allá de los mares, y pronto aparece con un nuevo mundo. La amistad, el patriotismo, el amor, todos los sentimientos nobles y generosos son hijos de la fé. «Fé celestial! Fé consoladora! esclama un eminente escritor, tú haces mas que trasportar las montañas, tú nos quitas los enormes pesos que doblegan y humillan el cuerpo del hombre.»

Por otra parte, ¿hay nada mas bello y mas seductor que las cosas misteriosas? Los sentimientos que mas cautivan el corazon, son aquellos que agitan la existencia con cierta confusion: el pudor, la castidad y hasta la virtud tienen sus secretos; la inocencia, que es una santa ignorancia, ¿no tiene tambien sus mas inefables misterios? La infancia es dichosa porque no sabe nada, la vejez es, hasta cierto punto, desgraciada, porque quiere saberlo todo; pero felizmente para esta última, cuando terminan los misterios de la vida, comienzan los de la muerte. Hasta el hombre es un misterio; siempre nos deja algo que adivinar, algo que fije nuestras miradas sobre una perspectiva infinita. Todo está oculto, todo es desconocido en el universo... Las religiones de todos los pueblos tienen sus secretos impenetrables, y Dios mismo es el gran secreto de la naturaleza.

El protestantismo ofrece diferentes alternativas durante el curso de su vacilante historia. Cuando apareció el cisma de Occidente, á la vez que se presentaban los innovadores de la santa ley queriendo destruir sus principales elementos, se hallaron tambien sensatos y leales defensores; y aun cuando sea preciso confesar que los protestantes llevaron en un principio la mejor parte en su contienda encarnizada contra los católicos, al menos en la forma, como juiciosamente lo demuestra Montesquieu, el triunfo fué efímero y transitorio. Tambien es preciso decir que Erasmo se manifestó algo débil contra los argumentos de Lutero; pero se presentó en la palestra al inmortal Bossuet, y la victoria no permaneció mas tiempo indecisa. La hidra de la heregía halló entonces un vigoroso campeón que supo reducirla á la nada, como pueden patentizarlo sus obras, la *Historia de las variaciones*, y la *Exposicion de la doctrina católica*; ambas obras merecen el título de maestras, y es indudable que la posteridad verá siempre en ellas dos monumentos respetables que acreditan la excelencia del catolicismo sobre todas las religiones conocidas.

Natural fué que en pos del cisma viniese la incredulidad, y que en pos del ateismo viniese la heregía. Bayle y Spinoza fueron dignos sucesores de Calvino; pero pronto sintieron en Clarke y en Leibnitz, dos famosos opositores, hombres de génio y de corazon que lograron refutar sus sofismas con éxito maravilloso.

La existencia de creencias religiosas en todos los pueblos, es un hecho probado que nadie se determina á refutar gravemente. «Estended la vista por la superficie de globo, decia Plutarco, y vereis ciudades sin fortificaciones, sin una magistratura uniforme, sin letras; pueblos sin ha-

bitaciones fijas, sin el conocimiento de las monedas; pero jamás los vereis sin el conocimiento de los dioses.» . . .

Toda escuela filosófica que enderece su propósito á la ruina del dogma cristiano, eliminando de él la revelación sobrenatural y divina, pretende tácitamente que el hombre procede de un estado salvaje, de la promiscuidad, de un estado semejante al de los orangutanes, para inventar sucesivamente el lenguaje, establecer la familia, la sociedad y la religión. Admitido este sistema erróneo, la religión no es otra cosa que una creación secundaria ó subjetiva del entendimiento humano, ó á lo más un instinto de nuestra naturaleza que se perfecciona de día en día en completa consonancia con la civilización y el desarrollo de la inteligencia. Las fases sucesivas del progreso religioso hubieran sido las siguientes: primero el fetiquismo, forma grosera que estriba en el culto de los elementos; después el sabeismo, que consiste en la adoración á los cuerpos celestes; en seguida el politeísmo con sus castas sacerdotales, y el politeísmo independiente; el monoteísmo con su forma teocrática; y últimamente, el monoteísmo libre. La filosofía reinante del siglo XVIII reconocía esta hipótesis como verdad probada. . . .

La esperanza de una regeneración fué la idea y el principio dominante de todas las religiones sacerdotales, como de todas las doctrinas filosóficas y tradicionales. Hay más; la necesidad de una sangrienta expiación atormentaba vagamente á la humanidad entera. Si no admitiésemos la doctrina de la redención, de esta verdad conocida por la tradición de todos los pueblos, nos envolveremos en un tenebroso laberinto, porque sin esta mancha primera, sin el pecado, en fin, jamás daríamos una razón cumplida y satisfactoria de la viciosa inclinación de la naturaleza, eternamente combatida por una voz secreta que nos dice, que fuimos formados para el ejercicio de la virtud. Nunca podríamos explicar la aptitud que tiene el hombre para el dolor; nada podría comprenderse sin reconocer una caída primitiva. Frecuentemente estamos viendo el castigo de un hijo por la culpa de un padre, y el de un descendiente virtuoso, por el crimen de un ascendiente; esta desventurada herencia es un nuevo comprobante respecto á la doctrina del pecado original. . . .

Roma, escogida por Dios para que fuese la infatigable trabajadora que aparejase la unidad política del mundo, y abriese por este medio la senda de la evangélica predicación, se manifestó sucesivamente dócil á todos los dioses y á todos los pueblos; en vano se esforzaban los patricios, invocando la autoridad de sus antepasados, para mantener el espíritu idólatra que caracterizaba las nacionalidades antiguas. El monopolio de las cosas sagradas, base de sus privilegios políticos desaparece, y los latinos, los peregrini, los *hostes*, los libertos invaden la ciudad; se confunden los pueblos en el mismo parage donde un día se verá colocado el depósito de la palabra divina que proclamará la fraternidad á todos los hijos de Adán, rescatados por Jesucristo. Por eso, á medida que la ciudad se dilata, la antigua religión va perdiendo su primitivo carácter, y al paso que el movimiento político prepara el mundo al conocimiento de las nociones generales de la humanidad, se disuelve el

paganismo. ¿Y por qué? La venida de Jesucristo fué el preludio de una revolución universal. Espira el Redentor, y se cumplen las profecías; leyes nuevas y humanitarias, la ruina de Jerusalén, la dispersión de los judíos, la destrucción de los ídolos, la iglesia fundada por Pedro, la conversión del mundo, y todas las naciones bendiciendo á un vástago de Abraham. Este es el sublime panorama, el grandioso espectáculo que presentó el mundo entero después de la muerte de su Salvador. . . .

Desaparecen los ídolos ante los cuales se humillaban los idolátras; ya no existe la época abyecta y miserable en la que todo era Dios, excepto el verdadero Dios. Los templos del mundo conocido son ahora lo que antes había sido el templo de Jerusalén, y para encontrar hoy en el antiguo mundo romano ídolos adorados, es preciso buscarlos en el abismo de los corazones.

Tan señalados beneficios fueron debidos á la virtud y omnipotencia del Salvador, quien de consuno con unos humildes pescadores, y batallando incesantemente, no con armas de hierro, sino con la virtud y el ejemplo, desterró de la faz de la tierra aquella mortal pestilencia. . . .

Cierta escuela filosófica considera al cristianismo solamente como un gran progreso social; le concede el epíteto de divina, pues en concepto de esta escuela, toda manifestación del entendimiento humano es una revelación de Dios, mayormente cuando contribuye al progreso de la humanidad hacia la enseñanza de la verdad. No obstante, con el fin de debilitar el prodigio del establecimiento del cristianismo y anular la idea de una asistencia directa y sobrenatural de la Providencia, esta misma escuela filosófica atribuye los triunfos rápidos de la fé cristiana al escepticismo general que reinaba en la época en que vino á reformar las inteligencias y los corazones; presenta á la humanidad despojándose espontáneamente de sus antiguas creencias, como de un traje usado y revistiéndose con nuevas creencias más convenientes y ventajosas á sus nuevas necesidades.

En los tiempos más floridos de la filosofía antigua, su más glorioso representante, Platon, confesó que la verdad no aparecería jamás en el mundo en todo su esplendor, si un enviado divino no se dignaba enseñarla al hombre. La abyección de las doctrinas epicureas, el triste é infecundo individualismo del estoicismo, los delirios de los místicos alejandrinos, aquí fué donde se reconcentraron los últimos esfuerzos de la sabiduría humana.

El supremo arranque de los alejandrinos en el que agotaron las fuerzas reunidas de la filosofía antigua, fué con justicia llamado *el golpe desesperado de la razón humana*; los paganos podían adoptar el espiritualismo alejandrino, sin repudiar por eso las pompas nacionales y la poesía exterior del antiguo culto; sin granjearse el odio de los procónsules, ni ser víctimas espiatorias de las garras de los leones; la filosofía alejandrina demostró su tendencia hacia la transformación del paganismo y hacia el establecimiento de una religión modificada, y para realizar este pensamiento pudo contar con su genio, con un hombre ilustrado por la victoria, con el poder imperial ennoblecido por sus brillantes cualidades; todo esto lo encontraba en la persona de Juliano. «Juliano, dice Mr. de Cousin, es la escuela de Alejandría sobre el trono. Nadie ignora el resultado de tales ten-

tativas: *Galilæe, vicisti!* Todo esto no hizo mas que contri- buir poderosamente á la ruina del antiguo culto.

Por último, la universalidad de los triunfos de la fé cris- tiana escluyó todo motivo local y transitorio. Penetró en el seno de una sociedad sabia, afeminada y escéptica mostrán- dose superior á las influencias del clima, de la historia, de las costumbres, y de la civilizacion, cuya última cualidad esplica el desarrollo de las falsas religiones. Pero á pesar de los repetidos ataques dirigidos por el islamismo al dogma de la cristiandad, este siempre ha decretado los destinos de la humanidad; alumbró con su brillante luz los pueblos que marchan á la cabeza de la civilizacion, y es sobre todas las religiones del mundo la que cuenta mas número de cre- yentes.

La superioridad del catolicismo es innegable: la iglesia griega, estacionaria y como paralizada desde el momen- to que se apartó del centro de la unidad, carece comple- tamente de genio para emprender grandes cosas. El protes- tantismo europeo experimenta la descomposicion indicada por Bossuet cuando esponia el vicio fundamental de un siste- ma religioso que autoriza al hombre á reconocer por Dios á todo lo que piensa. «La licencia, no encontrando ya dique que la refrene, las sectas se multiplicarian hasta el infinito, y en tanto que los unos no cesaren de disputar ó de tomar sus delirios por inspiraciones, los otros fatigados con tantas fantásticas visiones, y no pudiendo ya reconocer la mages- tad de la religion despedazada por tantas sectas, irian por fin á buscar un descanso funesto y una completa indepen- dencia en el indiferentismo en las religiones ó en el ateis- mo (1).» El protestantismo, se resuelve gradualmente de una manera mas manifesta, ó bajo la forma de un senti- miento individual de mística piedad, ó de un deismo racio- nalista, manifestación de un gran respeto á la sabiduría y á la moral de Jesucristo. En una circunstancia solemne y bastante reciente, esto es, cuando tuvo efecto la celebracion del jubileo protestante que reunió en Ginebra representa- tes de distintas comuniones reformadas, decidió el concilio, *para mantener la concordia y la fraternidad evangélica entre sus miembros que se abstendria de tratar del dogma.* Silencio mas significativo que la mas ensalzada elocuencia.

El protestantismo no es la religion mas popular de Eu- ropa; su importancia política y el número de sus sectarios disminuye paulatinamente. Es indudable que la señal de la victoria partirá de las regiones ilustradas de la sociedad; de aqui descenderá á las masas una fé mas viva y las virtudes que produce esta misma fé, ó el escepticismo con sus desas- trosas consecuencias.

En Occidente, los tres votos de pobreza, castidad y hu- mildad, han puesto en manos de la Iglesia los mas activos instrumentos, con ayuda de los cuales ha ejecutado hechos tan maravillosos que exigen los homenajes de los historia- dores modernos. La Iglesia es la que alimenta y robustece los mas puros manantiales de la civilizacion cristiana, la cual consagra millares de hombres al sublime ministerio de la paternidad espiritual y de la predicacion evangélica; ella es la que da preceptos á los hijos del pobre, servidores activos á los padecimientos de la humanidad, madres á los

hijos abandonados por los egoistas y por los esclavos de la carne.

En vista de lo que llevamos apuntado, comprenderán los incrédulos, que no es la época presente la que debe es- timulárnos á esclamar contra el espiritualismo cristiano, contra una religion que predica la temperancia en los deseos, la resignacion y las inmortales esperanzas del alma. El egoismo de las preocupaciones materiales, la insa- ciable avaricia de los goces, y la postracion de la dignidad humana delante del buey de oro, son los únicos escollos de la civilizacion contemporánea, cuyas ventajas tampoco queremos desconocer. El espiritualismo cristiano será, lo esperamos, el divino aroma que ha de impedir que se cor- rompa el mundo; exaltará al hombre á medida que se pro- paguen sus conquistas sobre la naturaleza fisica, sobre el sentimiento de su dignidad intelectual y de su grandeza moral. Si el soplo restaurador de la Providencia no cor- riese sobre este tumultuoso oleage, cuya brillante superfi- cie se vé cubierta por tantos gérmenes de corrupcion, ¿qué deberíamos esperar del porvenir?

El triunfo del cristianismo es innegable y progresivo, y llegará el dichoso dia en que todas las naciones del uni- verso constituyan un solo pueblo. Los antiguos Padres de- cian que los demonios del aire y de las aguas obedecerian al Redentor. Las naves tienen alas, con ayuda de las cua- les surcan los mares serenos y magestuosos, y ademas ad- quieren un gran poder por el dominio del fuego y llevan los pensamientos del hombre de un polo al otro polo. No parece sino que nos aproximamos á los dias en que la di- secada osamenta de los hijos de Israel ha de reunirse para recibir una nueva vida. Terminaremos diciendo, que todos los esfuerzos de la Europa civilizada concurren y marchan de consuno para llevar á cumplido término los designios del Todopoderoso.

I. A. BERMEJO.

ESTUDIOS MORALES.

EL LLANTO DE UNA NIÑA.

Figuraos, lectores, que nos encontramos reunidos en una tertulia de confianza donde acuden diariamente muge- res llenas de gracia y hermosura, y hombres de genio ale- gre y festivo. Allí se habla de todo, mas por el placer de hablar y matar el tiempo, que por entregarse á la murmu- racion. Como está uno entre amigos, y no son estos ni lite- ratos, ni políticos, ni bolsistas, ni periodistas, la discusion es siempre muy pacífica, y cada uno puede tener todo el ingenio ó estupidez, todas las preocupaciones ó falta de creencias que mejor le cuadren. Allí se habla de todo y de nada; se cuenta la crónica del dia y se comentan las gace- tillas de la capital; se diserta sobre un hecho cualquiera y se refieren anécdotas en su apoyo, porque el narrador está siempre seguro de ser escuchado con benevolencia.

En esta tertulia, pues, hace tres dias he oido contar una historia muy sencilla, sin colorido dramático, desnuda de peripecias y de incidentes novelescos, pero tan tierna, tan

(1) Oracion fúnebre de la reine d' Angleterre.

moral, que mi corazón se conmovió al escucharla, y vi asomar mas de una lágrima en el rostro de algunas de nuestras lindas tertulianas.

Voy á contarosla tal como se me quedó grabada en la memoria, y si no os agrada, será porque me falte ingenio para referiros la, no porque ella carezca de interés y sentimiento.

Habíamos hablado de la lluvia, del buen tiempo, de los bailes de la marquesa de Z., de la última aventura del caballero N., del Teatro Real, de la compañía francesa de la Cruz, de la nueva zarzuela de Rubí y de otras muchas cosas, cuando á propósito de un lance de honor, en que uno de los combatientes cayó al suelo gritando ¡*Me ha muerto!* antes que su contrario le tirase, la conversacion tomó un sesgo algo metafísico.

El miedo es una enfermedad como otra cualquiera, señores, dijo uno; con la diferencia de que de las demas enfermedades puede uno curarse, pero de la del miedo es imposible. La naturaleza nos forma valientes ó cobardes, y no hay poder humano que convierta al tímido en audaz y viceversa.

—Opino del mismo modo, añadió otro. La naturaleza únicamente forma nuestro carácter moral; como nos crea frios ó ardientes, nos hace jugadores ó lujuriosos, inclinados al vicio ó á la virtud. Todo es cuestion de sangre, de temperamento, de nervios. Hay hombres biliosos que mueren en el cadalso, los cuales si hubieran sido linfáticos habrían muerto en su lecho bendecidos por sus semejantes. Se pretende que los hombres son lo que la educacion los hace: ¡error! Los hombres son toda su vida lo que eran al nacer.

—Tanto mejor para los que nacen bien organizados, y tanto peor para los que tienen ciertos órganos muy desarrollados en sentido desfavorable, repuso el que habia hablado primero.

—Bah, contestó una señora, cuyo buen sentido corre parejas con su gracia y coquetería, lo que estais diciendo es materialismo puro y del mas desesperante. Si la humanidad fuera tal como la pintais, seria preciso colgarla una piedra del pescuezo, atarla de pies y manos y arrojarla al mar. ¿Creeis por ventura que un hombre ó una muger que tengan ridiculeces, vicios ó pasiones, no podrán corregirse si lo desean con empeño?...

—De las ridiculeces quizá; pero de los vicios y pasiones nunca. Os desafío á que me mostreis un ambicioso, un jugador ó un avaro corregido.

—¿Un avaro corregido?... hay uno entre nosotros y ese soy yo, exclamó un abogado, hombre de corazón y de alta inteligencia, que ocupa un lugar distinguido en el foro madrileño, y cuya pródiga generosidad es hoy proverbial entre sus amigos.

—¿Y quién ha realizado esa cura tan maravillosa?... preguntó el incrédulo.

—El llanto de una niña.

Al oír esto se redobló nuestra atencion y estrechamos el círculo que nos separaba del ex-avaro.

—Hacia dos años que acababa de recibirme de abogado dijo éste dando principio á su narracion, y ganado un pleito ruidoso que me valió mas reputacion que dinero, cuando una mañana, el 6 de diciembre de 1840, recibí dos cartas de Zaragoza. La primera que abrí, era de un antiguo

amigo de mi padre, que me invitaba á pasar á aquella capital con objeto de instruirme de un pleito que pensaba entablar con un vecino de la corte sobre una herencia de consideracion, comprometiéndose á pagarme lo que yo estima se justo, por mis gastos de viage, suspension de negocios, etc., y haciéndome tan ventajosas proposiciones que no vacilé en aceptar y salir en la misma tarde si era posible. La segunda carta, no contenia mas que estas breves palabras:

«Señor,

«La muger y la hija de vuestro hermano se mueren de hambre. Dos ó tres mil reales las librarian de la muerte y vuestra presepeia les volveria la salud.

Dr. Ponzano.»

Ya os he dicho, y no temo repetirlo, porque ahora puedo hacerlo sin avergonzarme, que yo era avaro, muy avaro. La carta del médico me desagradó altamente, y estrujándola con ira, la arrojé á un rincón. No obstante, como el asunto de la herencia exigia que partiese para Zaragoza á la mayor brevedad posible, evacué en aquel dia las diligencias necesarias, y en el inmediato salí de Madrid con destino á aquella capital.

Durante el viage me entretuve en sumar, restar y multiplicar mis gastos y ganancias de trasporte, comidas, indemnizaciones y consultas: de antemano ponía una tarifa á mis palabras é invertía en dinero hasta las que no pronunciase.

En cuanto á mi cuñada pensé en ella lo menos posible: cada vez que su recuerdo se me venia involuntariamente á la memoria, procuraba alejarlo como un pensamiento maldito. ¡Ah! obraba mal, muy mal, porque ya tenia que echarme en cara una falta de delicadeza con aquella pobre muger. Algunos años antes, mi hermano leal y valiente piloto que murió devorado por el mar, me escribió participándome que locamente enamorado iba á casarse con una preciosa chica que no le traía mas dote que un cuerpo excelente y unos ojos encantadores. A su afectuosa carta, escrita sin doblez y bajo el imperio de la pasión que le dominaba, yo tuve la necedad de contestar con la siguiente, que si carecia de chiste, rehosaba de egoismo y ruindad.

«Vas á casarte con una muger á quien amas, y que tiene la ventaja de ser mas millonaria que tú... Sin duda habrás tenido en cuenta el refran que dice: contigo pan y cebolla... Sed felices, hijos míos, pero aquí para entre nos, te diré á tí y á ella, que vais á hacer un solemne desatino, y que si aun es tiempo no le hagais. Considerad que donde no hay harina todo es mohín, que tras el gusto viene el disgusto, que el buey suelto bien se lame, etc. y por último no echeis en saco roto á los hijos, al casero, al médico y á todo el infierno de la vida matrimonial.»

Mi cuñada era aragonesa, lo que equivale á decir, como nadie ignora, honrada, altanera y testaruda: jamás olvidó esta carta brutal, y concibió un profundo desprecio por el miserable que la habia escrito. Así, cuando una tempestad la privó de su marido, cuando sin apoyo y sin esperanza se vió reducida á luchar brazo á brazo con el infortunio, con la miseria y la enfermedad que la iba postrando lentamente, resolvió morir mil veces antes que implorar el auxilio de su cuñado. Y hubiera muerto, como estaba resuelta á hacerlo, sin escribirme ni perdonarme, lo cual hubiera sido

muy aragonés, pero nada cristiano, á haber estado sola. Pero la aragonesa tenia una hija de cinco años, que sentada á la cabecera de su lecho, sufría el hambre con la resignacion de un ángel y enflaquecia visiblemente.

Por mas testaruda que fuese la aragonesa, amaba con delirio á su hija, y pronto conoció que si no queria matarla de necesidad, era indispensable que se armase de valor y tratase de enternecer á su ruin y perverso cuñado. Franqueóse con su médico, hombre honrado y caritativo que desde su primera visita habia reconocido que el verdadero mal de su enferma era el hambre, pero que no habia podido dárle mas que socorros mínimos é insuficientes, porque él mismo carecia de lo necesario. Los médicos de los pobres tienen todos los talentos, excepto el de hacerse pagar. Este excelente sugeto fué el que se encargó de escribirme.

Cuando llegué á Zaragoza, el doctor estaba en la puerta de la fonda donde paraba la diligencia. Como yo no le habia contestado á la peticion de dinero que me habia dirigido, pensó cándidamente que iria yo en persona, y me esperaba de un momento á otro. Los buenos corazones siempre se conducen así; su primer impulso, como su primer juicio, siempre es espontáneo y generoso.

Sus palabras al saludarme fueron estas:

—Veo, señor, que no habeis perdido el tiempo; veo con placer que habeis presentado que un dia mas de tardanza, hubiera sido para la pobre enferma la sentencia de su muerte. Dios os recompensará esta buena accion.

Este elogio me pareció sarcástico como una ironia; pero no tuve valor de confesarle que no le merecia. ¿Y quién en el mismo caso no habria hecho otro tanto? ¿Quién es el hombre que no acepta una alabanza, aunque le parezca y sea injusta? ¿A qué asno le desagrada pasar por un leon?

La primera visita, que en mi mente habia destinado al caballero del pleito, fué para mi cuñada, á quien encontré en un miserable cuarto bajo interior donde nunca habian penetrado los rayos del sol. Cerca del lecho estaba en pie una niña de grandes ojos azules, cejas muy pronunciadas y de blonda cabellera que rodeaba en caprichosos rizos una fisonomía marcada con ese sello de inteligencia y gravedad que comunica la precoz habitud del dolor y de los padecimientos físicos. No obstante, ¡cuán bella me pareció asimismo, y cuán elocuente su flaqueza y palidez!

Contempléla en silencio, y empecé á comprender entonces que hay en la infancia un poderoso atractivo, una fascinacion victoriosa que ejerce su irresistible imperio hasta en los corazones mas rebeldes y sistemáticamente cerrados á las impresiones tiernas y generosas. Sentí un violento deseo de abrazar á aquella encantadora criatura; pero me asaltó al punto un horrible pensamiento inspirado por la sordida avaricia que me devoraba. Me dije para disculpar mi vileza, que si me dejaba enternecer era hombre perdido, porque iba á crearme deberes de que hasta entonces á fuerza de privaciones y combates conmigo mismo habia logrado sustraerme. Me dije, qué en el acto me veria obligado á hacer desaparecer hasta el último rastro de la espantosa miseria que tenia delante... Esta idea me llenó de horror, y retrocedí como un hombre que cree apercibir un abismo á sus plantas.

El buen doctor, que no podia adivinar cuánta inhumanidad y miserable egoismo habia en mí; equivocó mi espan-

to con la piedad. La vacilacion del avaro á la vista de un dolor que quisiera no ver, parecióle la congoja de un alma verdaderamente filantrópica y compasiva. Una sonrisa melancólica asomó á sus labios, y acercándose á mí, me cogió la mano y me dijo:

—El aspecto de este grande infortunio os conmueve, señor; pero el médico debe familiarizarse antes que todo con la vista y el examen de los males que trata de curar. ¡Vos sois aquí el único médico de estas dos infelices criaturas, acercaos, señor!

Y así diciendo, me condujo á dos pasos del lecho. Frias gotas de sudor glacial inundaban mi frente; la vergüenza me atenazaba el alma, y mi ruindad me hacia pasar un suplicio indescribible.

Cuando la aragonesa me vió tan cerca de ella, hizo un violento esfuerzo y se incorporó en su lecho. Habia en su semblante no sé qué altivez mezclada de tristeza que me conmovió; queria hablar é implorar mi compasion, y no se atrevia á hacerlo; porque, á pesar de mi venida, yo no la inspiraba confianza.

Por eso, sin duda, no quiso rebajarse hasta suplicarme inútilmente, y con su mano descarnada y temblorosa, me señaló á su hija, diciéndome con ese acento que sale del corazón y sacude hasta las fibras mas recónditas de los que le escuchan:

—¡Ved á ese pobre ángel que ya no tiene padre y pronto perderá á su madre!

Esta breve, pero enérgica recomendacion, no me venció, y en vez de mirar á la niña, cuya fascinacion temia, limitéme á responderla con la mayor frialdad que me fué posible:

—Desechad esas lúgubres ideas: sois jóven, teneis un buen médico, y la naturaleza y el arte os devolverán pronto la salud. No hay que desesperar, nunca nuestros males son tan grandes como nos imaginamos.

Tal fué mi respuesta: otro cualquiera hubiera añadido en mi lugar:

—Señora, el hermano de vuestro esposo ha venido para salvaros, y se considerará feliz si logra haceros olvidar los pesares que os ha causado. Descansad en él, que servirá de padre á vuestra hija.

Yo no dije nada de esto, porque el único pensamiento que me dominaba era el de huir de allí cuanto antes. ¡Oh culto del dinero, cuán fecundo eres en infamias!

Mientras que yo indeciso meditaba una vergonzosa retirada, la hermosa niña que no había cesado de mirarme con mas sorpresa que miedo, se acercó á mí, retiró mi mano de la del doctor, y señalándome el extremo del lecho donde yacia su madre, me dijo con la gracia y el candor propio de su edad:

—Siéntate ahí, porque eres muy grande para que pueda abrazarte, si no me subes sobre tus rodillas.

Obedecí maquinalmente, y la niña trepó sobre mis rodillas.

La enferma al ver esto, levantó los ojos al cielo, y me pareció que oraba mentalmente.

En lo que á mí toca, comprendí que el momento decisivo de la lucha habia llegado, y me envolví el corazón con un triple muro de hielo. Me dije que en rigor nada les debía á aquella muger ni á aquella criatura; que lo poco con que contaba fruto, de mi improbo y laborioso trabajo, era mio

y muy mio, que arriesgaba mi porvenir contrayendo obligaciones que tal vez no podría cumplir, y por último me di á mi mismo todas las excelentes razones que el amor del yo y la avaricia encuentran fácilmente sin necesidad de acudir á la lógica, siempre que se trata de hacer algun sacrificio, estéril é inútil bajo el punto de vista de nuestro interés personal.

Una vez formada la resolución de mostrarme inexorable determiné salir del paso cuanto antes, y frunciendo las cejas, miré fijamente á mi sobrina. La niña me contempló tambien con detenimiento, y diríase que su límpida é inteligente mirada, se insinuaba al través de la mia, como buscando un punto débil por donde penetrar y llegar hasta mi corazón, rompiendo la muralla de nieve que lo envolvía. Yo desvié la cabeza, y entonces ella echándose al cuello sus bracitos, me dijo sonsiéndose:

—¿Quiéres tú ser mi papá?... yo te querré mucho... tú te pareces mucho á papá... él tenía la cara mala como tú, pero era muy bueno, y aunque me abriese los ojos, no me asustaba... ¿Eres tú bueno como él?

Renunció á pintaros cuánto cander y seducción habia en este lazo infantil, y sin embargo no cedí. Hice un postrer esfuerzo, y reuniendo á mis reflexiones anteriores, el temor de sucumbir si se prolongaba la lucha, separé de mi cuello con ruda viveza los bracitos que lo ceñían amistosamente y coloqué á la niña en el suelo.

En el mismo instante vi reflejarse en su espresiva y bella fisonomía, un horrible é intenso dolor; vi dos gruesas lágrimas detenidas un instante en el borde de sus párpados, desprenderse y rodar lentamente por su blanca y lustrosa piel, y aquellas dos lágrimas cayeron como dos ascuas encendidas sobre mi trémula mano...

Entonces se verificó en mí una revolucion súbita é inesplicable; mi avaricia é insensibilidad se presentaron á mis ojos en toda su espantosa desnudez, y me avergoncé de mí mismo!

Y sin tratar de combatir ese instinto de bondad, ese anhelo de hacer el bien que Dios ha puesto en el alma de todos los hombres, no quise ya reflexionar sino sentir, y dejándome llevar del placer tan nuevo para mí de obedecer á los impulsos de mi corazón, puse las manos sobre la cabeza de la niña, y exclamé:

—Delante de Dios y de tu madre que me escucha prometo servirte de padre; y juro que velaré por tí y te amaré como si fueses hija mia!

¡Ah! si hubiésemos visto á la aragonesa cuando me oyó espresarme de este modo. Sus ojos brillaban, su rostro resplandecía como cercado de una aureola de felicidad, su pecho se alzaba y bajaba apresuradamente, su boca se entreabría como para darme las gracias; pero las palabras espiraban en su garganta. El médico y yo tuvimos un gran susto, creyendo que se moría de gozo; pero el gozo no mata.

Al cabo de algunos minutos la enferma pudo respirar con mas libertad, llorar y decirme:

—¡Hermano mio, os habia juzgado mal!

En seguida añadió otras muchas cosas que yo no quise oír: creo, Dios me perdome, que si la hubiese dejado hablar me habria pedido perdon de mi alevé conducta. Era para morir de vergüenza y remordimiento.

La interrumpi para indicarle que estaba muy débil y

que haria bien en guardar silencio. El buen doctor corroboró con su dictámen el mio, recetó algunos medicamentos, y ya se iba cuando le llamé aparte y entregándole mi bolsillo que contenia unas veinte onzas en oro, le dije:

Caballero, ahora tengo que pedir os un favor: deseo que mi hermana salga inmediatamente de este chiribitil. Acabo de llegar á Zaragoza y no conozco á nadie ¿Sereis bastante bueno para encargarnos de proporcionarnos alguna casita cómoda y bien situada donde se respire aire mas puro y se pueda gozar del sol?...

—Con mucho gusto, me contestó el médico, aunque la pobre no disfrutará largo tiempo el bienestar que tan generosamente vais á proporcionarla.

—Aunque no fuese mas que un solo dia, repuse yo, siempre un dia feliz es algo en toda una existencia de lágrimas y de miseria!

—El doctor aceptó la comision, y esa misma tarde quedó cumplida á satisfaccion de todos.

Al dia siguiente nos instalamos en una linda casita, á extramuros de la ciudad, con un espacioso jardin y provista de cuanto era necesario. Allí pasamos tres meses, durante los cuales alimenté la esperanza de arrancár á mi pobre cuñada de las garras de la muerte ¿Y cómo no habria acariciado esta esperanza, al mirarla tan tranquila y contenta, sobre todo cuando me veia jugar con su hija y prestarme á todos los caprichos con el mismo cariño y abandono que si fuese su padre? ¡Cuántas veces sorprendí en sus ojos alguna lágrima de alegría! ¡cuántas veces la vi sin que ella me viese, recomendar á su inocente hija que fuese buena y me quisiera mucho como habia querido á su padre!

Mis esperanzas no debian realizarse: hacia mucho tiempo que duraba el combate entre la enferma y su enfermedad; las fuentes de la vida estaban agotadas, y ni la ciencia ni los mas sollicitos cuidados podian atajar los estragos del mal que la consumia. Mi hermana sabia mejor que nosotros que el término fatal se aproximaba, y o veia acercarse sin temor; y si rara vez nos hablaba de eso, era únicamente por no afligirnos.

Pronto llegó el momento fatal, mas pronto de lo que pensábamos.

En una de esas magníficas noches de verano, tan frecuentes bajo el plácido cielo de nuestra península, nos encontrábamos reunidos en un pequeño terrado que caía al jardin, mi cuñada, su hija y yo. La luna asomaba por Occidente y las estrellas rutilaban con una luz mas viva; la brisa, impregnada con los suaves efluvios que se desprendían del cáliz de las cercanas flores, acariciaba dulcemente el rostro de la enferma que la aspiraba con embriaguez. De repente sentí que me cogia la mano y me la estrechaba convulsivamente... aquella presion comunicóme el ardor de la fiebre... volví los ojos y contemplé á mi hermana en cuyo semblante resplandecía una serenidad celeste.

—Querido hermano, me dijo con voz lánguida y desfalleciente, gracias á vos he sabido lo que es ser feliz... muero contenta... Amais á mi hija y la amareis todavía mas... Adios!

La enferma atrajo á sí á la niña, la besó en la frente y se inclinó sobre el respaldo de su asiento... Cuando me levanté para llamar al médico, ya no existía!

Aquella muerte repentina nada tuvo para mí de terrible. En las postreras palabras de la moribunda, en su apagada

sonrisa, en el rayo de esperanza con que brilló su última mirada, habia una especie de voluptuosidad mística, una calma magestuosa, un no sé qué indefinible que no era la noche de la nada, sino la aurora de un hermoso día.

Desde entonces la hija de mi hermano fué la mia. Me consagré á ella enteramente, y Dios sabe cuánto le debo. Gané el pleito y con él una nueva fortuna. Mi posicion ha mejorado dia por dia, y hoy no tengo mas aspiracion que verla casada y feliz.

Ya veis, amigos mios, como las malas pasiones y los

instintos feroces se modifican, no solo por la educacion sino por una circunstancia al parecer insignificante; Dios lo permite asi, porque sino ¿qué seria la sociedad? Yo que era un egoista, hoy comprendo todos los sentimientos nobles y generosos y nunca estoy mas contento ni satisfecho que cuando tengo el placer de practicar una buena accion. Tan fecundo en intimos goces y felicidad ha sido para mi EL LLANTO DE UNA NIÑA!

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

(Imitacion del francés).

GEOGRAFIA PINTORESCA.



Vista de Inspruck.

CURIOSIDADES INDUSTRIALES.



TOMO X.

Jacobo Vandergoten.

36

DEL ARTE DE LA TAPIERIA.

Se daba en otro tiempo, el nombre de tapicería á todo género tejido que servia para cubrir las paredes de un aposento; pero el uso generalmente adoptado hoy del papel pintado, ha destruido la fabricacion de un gran número de telas que se empleaban en otra época para dicho uso; mas como no han desaparecido los tapices para los pavimentos, muchas fábricas de diferentes paises han sostenido la antigua reputacion de estas telas.

El arte de hacer tapices no ha tenido su nacimiento en Europa; los tejidos de esta clase procedian en otro tiempo de Oriente. En el siglo V habia, sin embargo, en Flandes algunas fábricas, que sugirieron la idea á Enrique IV de Francia de formar algunas fábricas semejantes en su pais. Comenzó por crear una en París, en el barrio de San Marcello, pero la muerte, que le sorprendió, le impidió aumentar el número de estas fábricas como lo habia proyectado, y esta industria siguió vegetando hasta la llegada del ministerio Colbert. Reanimada por él, obtuvo nuevos medios de desarrollo, y entonces fué cuando se instituyó la célebre de los Gobelinos. El cuidado que se tuvo en atraer allí obreros flamencos, la eleccion de los artistas para la confeccion de los cuadros que debian servir de modelo, una escuela de dibujo en el mismo establecimiento, destinada á formar los discipulos, etc., contribuyeron bien pronto á llevar este ramo de la industria á la altura del siglo que la habia visto nacer.

En la época del emperador Carlos V tuvo España en Valladolid y en Toledo fábricas de tapices, originarias de las de Flandes, que podian competir hasta con las orientales, que tanta reputacion han merecido siempre; pero la decadencia que vino en pos del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la espulsion de los moriscos de España, fueron poco á poco quitando importancia á estos establecimientos, que se habian adquirido una reputacion verdaderamente europea.

No obstante, en los primeros años del siglo pasado trató el rey Felipe V de establecer una fábrica de tapices á imitación de las existentes en París, haciendo venir al efecto de Amberes á uno de los fabricantes de aquella ciudad, llamado don Jacobo Vandergoten, quien trajo consigo sus cuatro hijos ya enterados de este artefacto, y dos oficiales, los cuales sirvieron de base para fundar esta fábrica, que estuvo situada en un principio en la calle de Santa Isabel. A los pocos años, no siendo ya suficiente aquel local por el acrecentamiento de brazos, todos españoles, se trasladó á la casa donde hoy existe. Todos los sucesores de aquel monarca le dispensaron siempre la mas decidida proteccion, habiendo ascendido el número de operarios en todos los ramos á mas de cien personas en pocos años.

Continuó en este estado hasta el año de 1808, en que quedaron paralizados los trabajos del todo, con motivo de la guerra de la independencia. Al volver de Francia Fernando VII, dispensó nuevamente á esta fábrica una proteccion bastante, para que reunidos los pocos oficiales que sobrevivieron á época tan calamitosa, y admitiendo un número considerable de alumnos, pudiese á los pocos años dar nuevas señales de vida, que fueron aumentando al paso

que aquellos iban adquiriendo mayores conocimientos en el arte; así fué que, á pesar de las nuevas dificultades con que tuvo que luchar desde el año de 1820 al de 23, ocasionadas por la falta de recursos, ya en los del 27 al 33 sus obras ocuparon dignamente un puesto entre las que de esta clase adornan los palacios de San Lorenzo y del Pardo. Los funestos efectos de la guerra civil no pudieron menos de hacerse sentir en esta fábrica, que hubo de paralizar sus trabajos; hasta que en 1840, por una real orden de la reina gobernadora doña María Cristina de Borbon, se restableció en parte, y tuvo necesidad de crear operarios nuevamente, enseñando aprendices que pudieran ayudar á los pocos oficiales que quedaban, y sustituirlos en lo sucesivo.

Ademas de la fabricacion de los tapices hay en este establecimiento otros dos ramos que son tambien de bastante importancia y mérito; es el uno el de las alfombras turcas, de mejor gusto que estas en su dibujo, como se comprueba por el gran número de ellas que adornan los reales palacios, Casa de Campo y sitios reales de fuera de la corte; y el otro es el de la compostura de los tapices y alfombras, cuyas dos clases, aunque con bastante trabajo y lentitud, se restauran con la mayor perfeccion. Hay tambien una seccion de tinte, donde se hacen cuantos colores se emplean en diferentes artefactos. Trabajan constantemente cuatro telares de tapices y otros tantos de alfombras. Esta fábrica se halla sujeta á una contrata con S. M., en virtud de la cual se libra una consignacion, que debe emplearse precisamente en la ejecucion de las obras, que se hacen con arreglo á los precios fijos estipulados en aquella, y su director queda remunerado de su trabajo por medio del sueldo que le está señalado.

El primer director ó maestro fué el indicado don Jacobo Vandergoten, y le fueron sucediendo sus cuatro hijos don Francisco, don Jacobo, don Adrian y don Cornelio, hasta que en 1786, por muerte del último, recayó la direccion en don Livinio Stugk, sobrino de aquellos, que murió en el año de 1817, sucediéndole en este cargo su hijo don Gavino, natural de Madrid y actual director de esta fábrica. Con el objeto de que la direccion permanezca en esta familia, el señor don Gavino ha enseñado á un hijo que tiene abogado los conocimientos necesarios para en su dia dirigir con acierto el establecimiento.

Entre las fábricas españolas de esta clase que merecen singular recordacion fuera de la corte, citaremos tambien la de alfombras de los señores Saurel, Beaur y compañía, de Barcelona, cuyos productos son bien conocidos del público de Madrid, donde tiene la empresa una sucursal. Las muestras que ostentaron en la exposicion, son vivaces colores y graciosos dibujos, son una prueba de sus adelantos. Entre ellas, las de las clases llamadas *moquetas* pueden competir ventajosamente con las extranjeras en la calidad, ya que no en la baratúra. Los señores Saurel y Beaur se hicieron acreedores á la medalla de plata.

Con un espíritu de economía poco comun entre nosotros, y conociendo prácticamente la fabricacion de alfombras, la establecieron en Barcelona el año de 1843 bajo su misma direccion, y empleando los aparatos y el orden de trabajos ya acreditados en las mejores manufacturas extranjeras de igual clase. Procediendo de ensayo en ensayo, y desarrollando progresivamente su empresa, han conseguido montar veinte telares sencillos de preparacion y tejido para la

ropa afelpada, y treinta con máquinas á la Jacquart para la de tejido liso; pero no todos se ocupan en el día. Cuando se emplean á la vez sostiene la fábrica un dibujante; cincuenta operarios destinados á los telares; diez á los tintes; veinte niños y seis mugeres. En el año próximo pasado, ha consumido 26.000 libras de lana de Navarra y Estremadura; 8.000 arrobas de hilo de cáñamo del reino y 7.000 de algodón. Con estos materiales produjo 43.600 varas de tejidos lisos en pieza; 400 alfombras de la misma clase y de dos varas de largo cada una; 1.530 de tejido afelpado, y 834 alfombras sueltas y afelpadas de las mismas dimensiones que las lisas. El consumo de estos productos es general en España, pero en ninguna parte tan considerable como en Madrid. Actualmente empieza también á generalizarse en la Habana, á cuyo punto hace la empresa algunas remesas por su cuenta. Esta fabricacion es susceptible de gran desarrollo; actualmente se halla establecida en un edificio con dos grandes cuadras, y ocupa ademias otra destinada á los tintes, que pueden tener próximamente 3.063 pies cuadrados de superficie.

También se encuentra en las Islas Baleares un establecimiento de la misma clase, y justamente reputado. Sus géneros, espuestos en distintas esposiciones, indican una fabricacion bien montada, ya se atiende á la perfeccion del trabajo, ya á la economia representada por la moderacion de los precios. Don Juan Vidal es el gefe de esta empresa, y en la última esposicion se hizo digno también de la medalla de plata.

Hecha esta breve reseña respecto á las fábricas y sus productos, pasemos á decir algo acerca de la parte mecánica de este tejido.

La tapicería se trabaja de dos maneras, que se llama de alto y bajo lizo. Para la primera la cadena está tendida perpendicularmente, y el obrero sentado detrás. Está sobre una tela impresa de un solo color, el carácter general del cuadro que debe ejecutar. Se aplica sobre la cadena y dibuja allí los contornos por medio de una piedra negra que humedece con su saliva. Traslada en seguida con la ayuda de un papel aceitoso y calcado sobre el cuadro, todos los caracteres del detall, y el resto de la obra no es ya, por decirlo así, mas que un negocio de pura mecánica. Todos los colores, todos los tonos, todas las variaciones necesarias á la ejecucion de una pieza de tapicería, han sido determinados, segun el cuadro, por los gefes del taller. Importa para el buen desempeño de la pieza, que los tonos armonicen desde el principio, y si se advierte que una parte se debilita, es menester deshacerla para sustituir un tono mas vigoroso. En todos los momentos el obrero puede considerar el pasaje de su obra y compararle con el modelo colocado detrás de él.

El trabajo llamado de bajo lizo se hace horizontalmente y á la inversa. El obrero hace alzar y bajar los hilos de la cadena escaloneando: el cuadro que imita debe estar colgado á su espalda; pero no pudiendo juzgar su trabajo mas que á la inversa, la correccion del dibujo y el conjunto de un cuadro no pueden expresarse en este procedimiento con la misma fidelidad que en el alto lizo.

Después de calculado el dibujo de la manera que hemos dicho, la urdimbre, operacion preparatoria á la fabricacion de todo tejido, estando terminada, no queda mas que pasar los hilos que deben formar la trama. Estos hilos, de colores apro-

piados al asunto de la ejecucion, se dividen sobre la *brocha*. Tomando una brocha cargada del color conveniente, el obrero detiene la estremidad de su hilo sobre el hilo de la cadena donde debe comenzar su variacion; despues, sacando con la mano izquierda los lizos que abrazan el número de hilos de delante que debe cubrir esta misma variacion, pasa su brocha detrás con la mano derecha; dejando en seguida estos lizos, pone la mano izquierda entre los hilos que se encuentran por detrás, y vuelve su brocha en sentido contrario. Esta ida y venida de la brocha de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, forma lo que se llama *dos pasos* ó una *dua*.

El obrero repite estos *pasos* de hilos sucesivamente los unos encima de los otros, siguiendo la estension de los contornos del espacio que debe ocupar la variacion de que está encargada la brocha. Toma una nueva brocha, pasa una nueva variacion, y corta, sujeta y hace perder á la inversa, es decir, del lado que trabaja, el hilo de la brocha precedente. A medida que coloca un hilo con la brocha, aproxima y cierra este hilo por medio de un peine de madera, y cuando hay muchos hilos pasados con una aguja gruesa de hierro llamada *aguja de presion*, estrecha de nuevo los hilos para ordenarlos segun los contornos que deben dibujar la tela.

Las materias empleadas en la fabricacion de las tapicerías son la lana y la seda: esta última les da mucha vivacidad, pero los cuadros donde ella entra pierden pronto su brillo, y por consecuencia, con la alteracion de los colores en muy poco tiempo se encuentra destruido todo el conjunto de estos cuadros.

Los papeles pintados reemplazan de una manera económica y no menos agradable las tapicerías, pero nunca tendrán la importancia y la severidad de estas telas tan antiguas como respetadas en todos los paises del mundo civilizado.

Á LA VEJEZ VIRUELAS.

FABULA.

A un viejo enamorado
cantaba un tonto:
La leña mas enjuta
arde mas pronto.

Pero, ay! advierte
que á la vejez viruelas
es mal de muerte.

J. E. HARTZENBUSCH.

LAS ABARCAS OLOROSAS.

FABULA.

Bien huelen tus abarcas, Julianillo,
dijo á un pastor el mayoral del hato.
Si, contestó Julian, me di un buen rato
pisando en un erial salvia y tomillo.
¿Qué no pisa tal vez el poderoso
por un gusto pueril y caprichoso?

J. E. HARTZENBUSCH.

RECUERDOS ORIENTALES.

El Oriente es hoy la tierra predilecta de los artistas; en esta region se buscan la luz, el color, los trages magestuosos ó pintorescos, los grandiosos paisajes, y los recuerdos históricos, á donde se uen las tradiciones religiosas comunes á todos los pueblos meridionales.

Sin detenernos en las gigantescas y espléndidas construcciones de la capital de los Faraones, dirijámonos á los limites de Egipto, á Assouan (véase la lámina, pág. 272), que es la primera catarata.

Assouan es la antigua Siena, ciudad en otro tiempo importante y que ha servido á los geógrafos de la antigüedad de punto de partida para determinar la posicion de los lugares de la tierra. Los antiguos creían que Siena estaba situada bajo el trópico, y esta opinion, que ha existido hasta despues de Tolomeo, ha dado á esta ciudad una grande celebridad.

La vista que reproducimos en la página mencionada, está tomada del natural. Allí comienza un bosque de palmeras que continúa á la izquierda por detrás de las ruinas de un *medrecch* ó colegio: estos árboles elegantes crecen sobre el suelo de la antigua Siena, y unen á la ciudad moderna con la antigua Assouan de los árabes, hoy abandonada. El montículo de escombros que indica su recinto, tiene encima una mezquita, y un pequeño fuerte construido por los franceses.

A la derecha en segundo término se distingue la estrechidad de la isla Elephantina, cuyas sombras y cuyos campos cubiertos de verdura contrastan tan agradablemente con el suelo árido y las abrasadoras arenas de sus cercanías, que

los egipcios la han llamado la isla florida, *Dejeziret el-Za-laar*. Despues de las palmeras se ve un antiguo muelle romano donde se encuentra el famoso nilómetro descrito por Estrabon; detrás se eleva una bóveda de escombros que

corona los restos de un templo egipcio, y mas allá se ven las rocas á flor de agua de la catarata; luego en el centro se dibuja la cordillera de montañas que sirve de baluarte á las arenas de la Libia. Esta vista, una de las mas pintorescas de Egipto, trae recuerdos de todas las épocas de la historia.

A los paisajes suceden los trages. Los dos grabados que reproducimos aquí nos hacen penetrar en la vida del haren, de este santuario, donde la civilizacion europea que tanto ha modificado las costumbres islámicas, y en particular las egipcias, se ha mantenido impotente. Los trages y los usos de las mugeres del Cairo, son hoy lo que eran en el siglo anterior, y aun puede decirse que no han experimentado cambios notables desde la época de las *Mil y una noches*. Estas dos viñetas dan una idea del traje sencillo, elegante y cómodo de las egipcias.

Las egipcias se pagan mucho de su tocador, y han imaginado muchas prácticas curiosas para hacer que brillen y resplandezcan

sus naturales encantos. En vez de dejarse crecer libremente sus cejas, disminuyen su longitud, y no conservan de ellas mas que un arco muy delgado; ademas se tiñen el borde de sus párpados con una preparacion de antimonio llamada *kohl*.

Para que resalte la blancura de su piel, se tiñen ordi-



Tocadora de la raboukha.

nariamente las uñas, la extremidad de la faz palmaria de los dedos, y las plantas de los pies de negro y rojo con una preparacion de hojas de *henné*. (*Lausania inermis*, L.)

Las mugeres del pueblo se pican el labio inferior, la barba, los brazos y las manos; en fin, en algunas tribus, las mugeres llegan hasta el extremo de picarse todo el cuerpo.

La belleza de las egipcias recuerda cierta parte del encanto que se nota en las bellas mugeres del Asia y del Africa, cuyo lugar predilecto ha sido siempre el valle del Nilo. El rostro es gracioso sin ser extraordinariamente bello; ojos grandes y negros, sombreados de largas pestañas, llenos de vivacidad, con lo cual dan á su rostro una grande expresion. Su nariz es generalmente pequeña; tienen la boca grande, pero bien formada, aun cuando los labios son un poco gruesos. Sus dientes, perfectamente alineados, tienen una brillante blancura, y contrastan con su piel morena y dorada. Esta participa de una tinta mas mas ó menos bronceada, á medida que son del bajo ó del alto Egipto, ó se encuentran mas ó menos espuestas á los rayos del sol. Las egipcias son generalmente de una mediana estatura, y se hacen notar por la elegancia de sus formas. Tienen la columna vertebral arqueada, los miembros uniformes y redondos, y las manos y pies pequeños. Su seno, poderosamente desarrollado, adorna su ancho pecho, que no cede nunca á los artificios mal en-

tendidos y con frecuencia funestos de la coquetería europea. Su manera de andar es graciosa, y sus posiciones magestuosas: sus gestos, llenos de gracia, traen á la mente recuerdos de la antigüedad, de la cual han conservado muchas prácticas y algunos rasgos de semejanza. Cuando son jóvenes designan generalmente las formas de las esculturas egipcias, sobre todo las de la época de los Tolomeos, donde el arte, sin elevarse á lo ideal, procuraba imitar á la naturaleza que tenia á la vista.

De estas generalidades, pasemos á las dos figuras que acompañan este artículo y que representan *almeas* ó *rhawazi*, especie de bayaderas que hacen profesion de cantar y de bailar. Los musulmanes, tan severos para las costumbres de sus mugeres, celebran fiestas muy á menudo, cuyo ornamento principal son estas almeas. La mayor parte de las *rhawazi* son cortesanas mas ó menos fáciles, segun su belleza ó sus necesidades. No obstante, se las tiene alguna consideracion, porque no es raro ver que abandonan la vida de los placeres para entrar en las reglas comunes de la sociedad.

Las almeas son las destinadas á distraer las horas monótonas de las reclusas del haren, ó á despertar los deseos del señor. La tocadora de la *raboukha*, lleva colgado una especie de tambor, un instrumento de percusion formado de una especie de caja redonda de madera, cuyo fondo está vacío, revestida con un pergamino sobre el cual toca con los dedos, graduando el sonido, á medida que se aleja ó se aproxima al centro del instrumento. Acompaña á la joven bailarina, que con una especie de castañuelas de metal, se conforma á la medida del paso por medio de una danza voluptuosa, ó una pantomima que representa todas las fases del amor.

Respecto á la manera de bailar y cantar de estas mugeres, algo hemos dicho en los números anteriores del *Museo* de este año, por lo que se hace ocioso reprodu-

cir lo mismo en este lugar. Digamos únicamente y para concluir, que esta pantomima exótica, es un vestigio de los bailes consagrados por los antiguos egipcios al culto de Hathor. Se parece á los movimientos jónicos y á los bailes gáditanos, cuyas descripciones nos han dejado los poetas latinos. Este baile pasó de los egipcios á los árabes y á los moros, que despues dejaron estos en España y que se conoce hoy con el nombre de *fandango*.

I. F.



Bailarina (almea.)



ESTUDIOS LITERARIOS.

TORCUATO TASSO.

(Conclusion.)

El deseo de volver á ver á su familia le llevó nuevamente á Bérgamo en julio de 1557, y los magistrados en esta ciudad pasaron á saludarle al palacio de sus antepasados. Sus desgracias y su gran talento le granjearon un ardiente amigo en el padre Angelo Goillo, fraile del Monte Casino y también poeta. Visitó al Tasso en su prision, y decia que mayor felicidad hubiera sido estar preso con él. Este religioso, cuando pasó á Génova, su patria, quiso llevarse consigo al cantor de Godofredo, é influyó para que fuese nombrado profesor en la academia genovesa para explicar la moral y la poética de Aristóteles; pero la muerte del duque de Mantua, le condujo al lado de Vicente Gonzaga, y poco tiempo después tuvo que pasar á Nápoles por haber sentido un acceso de nostalgia. Al pasar por Loreto cumplió el voto que había hecho á la virgen acerca de su cura; visitó la ciudad de Roma, y celebró en ella á Sisto Quinto en un poema de cincuenta octavas, y tuvo el gusto de ver á su amigo Escipion Gonzaga revestido con la púrpura romana. Habiéndole insultado groseramente el mayordomo del nuevo cardenal, sin saberlo éste, y habiendo conocido alguna frialdad en la antigua amistad del cardenal Alvano, desconsolado por no haber podido hacerse presentar al papa, precipitó su partida á Nápoles con la esperanza de recobrar allí por el estudio los restos de su fortuna materna. Entre todos los palacios que le ofrecieron; escogió por residencia un monasterio, y á los ruegos de los religiosos escribió el primer canto destinado á celebrar el origen de su casa. A consecuencia de las criticas inesperadas que sobrevinieron acerca de su *Jerusalén libertada*, se propuso corregirla en el monasterio, donde conoció un nuevo amigo, á J. B. Mauro, marqués de Villa, que después fué su biógrafo, y mereció su amistad por los cuidados que le prodigó.

Compuso también por este tiempo y por término de su carrera poética, el *Mondo Creato*, en cuya obra brilla una admirable y basta erudicion. También en esta época le escribió el cardenal Aldobrandini, felicitándole por la gracia que acababa de concederle el sumo pontífice para premiar sus talentos poéticos, con el glorioso y magnífico triunfo, al antiguo uso de la corona de laurel. El Tasso se manifestó sensible y reconocido á una gracia tan particular y extraordinaria, y habiendo sido llamado á Roma por el mismo cardenal con las mayores instancias, partió de pronto para aquella capital á coger el premio de sus continuas tareas, aunque al verificarlo no pudo desechar cierto presentimiento de lo que iba á sucederle.

Con efecto, apenas hubo llegado á la capital del orbe cristiano, cuando cayó otra vez gravemente enfermo. Los personajes mas distinguidos pasaron á visitarle, se llamaron á los mejores médicos, los cuales vaticinaron desde luego que su enfermedad era mortal, atendida su debilidad, incapaz de poder resistir á la dolencia que se manifestaba. Al saber Torcuato el peligro en que estaba su vida, pidió que le llevasen al convento de San Onofre, para acabar sus dias entre aquellos religiosos. Le concedieron lo que desea-

ba, y vivió allí tres semanas, en cuyo tiempo supo los por menores de los grandes preparativos que se estaban haciendo para la solemne fiesta de su coronacion. Conociendo por último, este grande hombre que se acercaba el dia postremo de su vida, olvidando las glorias mundanas, volvió sus piadosos ojos al cielo, y espiró el inmortal poeta, el dia 16 de abril de 1595, á los 51 años de edad, después de haber manifestado su deseo de que todas sus obras fuesen arrojadas al fuego. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia del mismo convento de San Onofre, y en su lápida se lee el epitafio siguiente:

D. O. M.

TORQUATI TASSI

HOSSA HIC JACENT.

HOC NE NESCIUS ESSET HOSSPES,

FRATRES HUIUS ECCLESIE

POSUERUNT

ANNO MDXCV.

¿Qué diremos de la *Jerusalén libertada* que ya no se haya dicho? Lo mismo sus defectos que sus bellezas se han enumerado hace tiempo, se han debatido y hasta se han exagerado. No me refiero á aquella diatriba de la academia de la Crusca, porque fué la exageracion de la rabia y de la sátira, y desde luego podemos asegurar que los mas encarnizados de nuestros libelistas no se atreverian á ir mas lejos. Pero lo que mas sorprende sobre todo, es una especie de arrebatto del jóven Galileo, que no vió la luz pública hasta el año de 1793, aun cuando tenia ya mas de cien años de existencia; arrebatto indigno de semejante hombre, que pudo muy bien haber celebrado la gloria de Ariosto, su ídolo, sin denigrar la obra maestra del Tasso. Galileo se valió del analisis comparativo para la critica de esta obra, sin observar que los juicios que se forman con los paralelos y los contrastes ha conducido á escritores de nombradía y sensatez á errores sin cuento. Se inventaron las palabras de *novela épica*, de *epopeya novelesca*, *caballeresca*, para caracterizar al Ariosto, y se olvidaban solamente de consignar que estos dos epítetos podian aplicarse á las tres cuartas partes de los personajes y de los episodios de la *Jerusalén*.

Ariosto tomó el nombre de Carlo-Magno de la historia, como el Tasso el de Godofredo. Paris estaba sitiado en el uno, y Jerusalén en el otro; Rolando y Reinaldo vinieron á ser personajes históricos. Es verdad que el Tasso tomó personajes mas reales; como Tancredo, Balduino, Eustaquio y otros compañeros de Godofredo; pero las acciones y el lenguaje que aparecen en la obra, ¿pertenece á la historia? Armida, Clorinda, Herminia, Reinaldo, Argante, Aladino, Olnida, Sofronia y tantos otros, ¿de dónde están tomados? De su imaginacion novelesca. Son ficciones presentadas de distinta manera que las de Ariosto: éste escita la atencion y la curiosidad de los lectores; su musa cambia de episodio, de asunto, de estilo y de tono á cada instante; pasa con admirable facilidad de lo grave á lo festivo, de lo triste á lo jocoso, en todo es siempre admirable. Esto no era efectivamente una novedad para la Italia. Boyardo y el Pulci le precedieron; adoptó sin escrúpulo sus principales ficciones y los nombres de sus héroes. Hizo todavía mas que robarlos; los destruyó en la copia; y tal fué el entusiasmo de su siglo, que á ejemplo de una multitud de imitadores, hasta el Tasso no se libertó de seguir las hue-

llas de Ariosto. El *Reinaldo* fué una composicion del mismo género, y si el Tasso quedó vencido en esta primera lucha, no fué el género la causa, sino sus pocos años; era un niño que luchaba contra un coloso.

Se ha dicho muchas veces, que queriendo vencer al maestro de los modernos, se habia entregado en brazos de los antiguos; es cierto que los estudiaba asiduamente; pero, ¿qué hay de comun entre la *Iliada* y la *Jerusalén*? La concentracion de una accion épica en derredor de una ciudad sitiada. ¿Qué ha tomado de Virgilio? Nada. ¿El género histórico? ¿Es preciso probar primero que Aquiles, Hector, Agamenon y Eneas existieron en otra parte que en la imaginacion de los dos poetas? ¿Es la unidad de estilo? El asunto que habia escogido el Tasso la recomendaba. ¿Es la pompa de las descripciones? Esa es la primera condicion de la poesia. ¿Es, por último, un modelo de amor? ¿Qué poeta se hubiera privado de este resorte despues de los siglos de la caballeria, despues de la aparicion del Ariosto? Abandonemos clasificaciones y comparaciones ridiculas; llámese, si se quiere, al poema de Ariosto una epopeya irregular; pero jamás se diga que el Tasso no ha sido novelesco, ni caballeresco, y que ha compuesto una epopeya histórica; el Tasso estudió con especial cuidado los tres ó cuatro grandes poetas épicos que le precedieron; vió que la unidad de accion era necesaria al interés de un poema, al orden, á la inteligencia de los episodios; y esto era tan verdad, hasta en su tiempo, que los hombres de gusto condenaron á una voz el encantador episodio de *Sofronia*, porque distraia la atencion que estaba fija al hecho de la libertad del Santo Sepulcro.

Si se quiere que el Tasso haya tomado alguna cosa á los antiguos, se podrá encontrar en Lucano el modelo de su selva encantada, y en Homero el episodio de Herminia nombrando los gefes de los cruzados al tirano de Solima. Pero, ¿quién piensa en esto leyendo la *Jerusalén libertada*? A pesar de estos defectos, el poema se lee como una novela. El Tasso encontró su término medio en la variedad desordenada de Ariosto, y la severa sencillez de Homero. No digo que esta invencion le dé superioridad sobre el uno ó sobre el otro; es menos entretenido que el primero, y menos admirable que el segundo, pero complace é interesa mas en el conjunto de su obra.

En cuanto á los pormenores, confesamos francamente que ninguno de sus amores ha sobrepujado, ni aniquilado al de Dido, y que muchas veces la inconveniencia de las situaciones y del lenguaje daña al interés en contraposicion con el buen gusto y la razon. Pero ¿cuántas bellezas no se hallan en medio de tantos defectos?

Otra de las obras notables del Tasso es la *Aminta*, drama pastoral dignamente traducido al castellano por Jáuregui, obra que todo el mundo conoce, y cuya escelente traduccion es ocioso recomendar.

Por no ser difusos en la enumeracion de todos los dramas escritos del Tasso, ademas de los ya citados en este artículo, hacemos mencion de los siguientes: *il Rinaldo*; *le Differenze poetiche per risposta ad Oracio Ariosto*; *Apologia in difesa della Gerusalemme liberata*; *Discorsi sull'arte poetica e sul poema heroico*. Sus obras completas fueron publicadas por Mr. Rosini, Pisa, 1821, treinta tomos en octavo.

I. A. BERMEJO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL VALOR DE UNA MUGER.

I.

Existia en la elevada cumbre de la peña de Martos, un antiguo castillo de construccion sólida, con gruesas murallas flanqueadas por altas torres, cuyas ruinas todavia inspiran respeto. Aun no despuntaba la aurora de un sereno dia del año de 1239, y ya un destacamento de soldados se hallaba formado en buen orden en la plaza de armas del castillo. Al frente de aquellos ginetes habia un page conteniendo á duras penas un fogoso y enjaezado caballo, destinado evidentemente para el gefe del destacamento, cuya aparicion deseaban los soldados, ansiosos de partir.

Presentóse á breve rato el conde don Alvaro de Castro, gefe de aquellos valientes y señor del castillo, y uno de los hombres mas queridos y respetados de toda la frontera, en la que el santo rey don Fernando tenia puestos entonces á los caballeros de su mayor confianza. Pero el conde abandonaba entonces su puesto, para acudir al mandato de su rey, que estendiendo cada vez mas sus conquistas por la region meridional de España, queria aumentar la expedicion con todos los vasallos de mas nombradía en las armas. El conde debia verse con el rey en Toledo para deliberar y resolver lo mas conveniente, atendido el estado en que se hallaban las cosas de España, y en aquel instante y al frente de sus guerreros iba á partir hácia la imperial ciudad.

Antes de montar á caballo, llamó cerca de sí á uno de los caballeros que del castillo habian salido á despedirle, y le dijo algo conmovido:

—Voy donde el deber me llama: mi soberano necesita de mi. Confió mi esposa, que sola va á quedar, á tu valor y tu lealtad. Prométeme que defenderás sus dias y su honor.

—Perded cuidado, señor, contestó aquel caballero. Vuestra voluntad es ley para mí y nada faltará á la señora condesa. Os prometo que la defenderé á costa de mi vida.

Sonó entonces el clarín, y el conde despues de haber manejado con gracia su fogoso caballo, partió al frente de sus soldados, no sin hacer antes un gracioso saludo á la condesa doña Irene, su esposa, que acompañada de sus damas se habia asomado á lo alto de las almenas, y que permaneció en la torre, hasta que el blanco penacho del casco de su esposo se perdió entre las lejanas revueltas de camino.

H.

Poco tiempo despues de la partida de don Alvaro, fué Fortun, que así se llamaba el caballero á quien dejó confiada su esposa, á presentarse á la condesa y á reiterar sus ofertas y sus promesas de fidelidad. Recibióle aquella señora con agrado extraordinario, espresándole que nada le seria á ella suficiente para espresarle la gratitud á sus atenciones, y desde entonces quedó establecida entre ellos una intimidad á la que el mayordomo ó intendente no se hallaba acostumbrado, y que acabó por turbar la tranquilidad de su corazón, que nunca se habia ocupado mas que de las bata-

llas y asuntos de la guerra. Era tanto el atractivo de la condesa, que Fortun se enamoró de ella perdidamente, faltando á sus deberes y olvidando todo sentimiento de honor y delicadeza.

Para comprender la fuerza de esta pasión, hay que recordar que la condesa, por un favor ó por un capricho de la naturaleza, hermanaba con un aire varonil y una robustez poco común, la mas delicada belleza del sexo. Su anchurosa falda encubría la belleza de sus formas, pero de la cintura arriba, el ajustado peto de terciopelo de que se desprendían dos mangas perdidas, hacia resaltar admirablemente lo esbelto de su talle, en contraposición á su contorneado y abundoso pecho, prestando además gracia y magestad al rostro de doña Irene el peinado que ella usaba,

ó sean dos gruesas trenzas de pelo, que cayendo hasta las mejillas iban á unirse detrás de la cabeza. A Fortun, cada vez que la miraba le parecia mas hermosa, y aunque se estremeció al principio y quiso ser vencedor de su pasión, la fuerza de ésta y la misma privanza que con la condesa tenía, ofuscaron su inteligencia é hicieron que un día le abandonase la razón, hasta el punto de que en un secreto razonamiento con doña Irene la dejase traslucir que ella era el objeto de su pasión. Pesadrosa y avergonzada la condesa atajó sus intentos, diciéndole:

—Advertid, Fortun, á quién habláis, y tened presente que explicaros así es ofender la memoria de mi esposo.

—No me habéis de vuestro esposo, que á la hora presente habrá tal vez perecido entre las lanzas enemigas. Yo



El impaciente caballero fijaba airado la vista en los altos torreones.

nada debo á vuestro esposo, ni tampoco espero de él. Solo á vos defiendo y solo por vos me intereso. Disponed de mí y de mi vida; pero vosotros debéis confiar en mi tierna solicitud, que me haría desafiar por vos todos los destinos del universo. Tanto afecto merece una recompensa, y solo el que aprobáis mi...

Levantóse la condesa trémula de cólera con ánimo de abandonar aquel sitio; pero aquel hombre desleal, una vez lanzado no quiso detenerse, y arrojándose á los pies de la condesa la hizo declaración de su infame amor.

Aquella señora, respirando con dificultad por la cólera y la emoción, le dijo:

—Cuando mi esposo os eligió para que defendiéseis á Martos y para que me amparáseis á mí, creyó que los sentimientos de virtud y de honor se abrigan en vuestro pecho. Ya que no los respetáis, ni vuestro nombre, ni mi posición os conmueve, yo sabré reprimir vuestros criminales intentos. Salid y no volváis á presentaros ante mi vista. Para nada necesito vuestros auxilios.

Fortun desconcertado con el altivo ademán de la con-

desa, que parecia otra muger, abandonó el puesto despechado y diciendo con epícono:

—Al yugo de la necesidad todo el mundo cede. Ved, señora, que todavía os tengo en mi poder.

III.

Recelosa quedó la condesa doña Irene del resultado de su rompimiento con Fortun, y juzgándole muy capaz en su despecho de cometer alguna tropelía para satisfacer por lo menos su venganza. Los temores de la condesa no eran infundados y las precauciones que observaba en el castillo no eran las más á propósito para tranquilizarla; pero cuando vió salir un día de la fortaleza á Alonso de Meneses con los pocos soldados que don Alvaro había dejado, á todos los cuales alejaba de allí Fortun con pretexto de salir á merodear, conoció que era perdida quedando enteramente sola en manos de aquel hombre, y que era preciso adoptar para salvarse una resolución pronta y enérgica.

Felizmente la condesa era una muger de ánimo esforzado y resuelto, como buena hija y esposa de héroes de aquellos tiempos, y habiendo observado que Fortun salía acompañando hasta cierta distancia á Alonso de Meneses y los suyos, para cerciorarse sin duda de si seguían la dirección que les había señalado, mandó prontamente bajar los rastrillos y cerrar las puertas, á las que en vano llamó á su regreso el impaciente caballero. Fijaba airado la vista en los altos torreones, cuando de súbito aparece la condesa y le dice con notable ironía:

—Id con Dios, el noble caballero: por ahora no he menester vuestra protección; cuando la necesite se os abrirán estas puertas.

Fortun, rugiendo de cólera, da una vuelta alrededor del castillo, cual si con su caballo quisiera escalar las almenas. El furor y el odio á la condesa batallaban en su pecho; no sabía á dónde dirigirse, y aquel suceso le iba á hacer blanco de las habillitas del vulgo y de la cólera del conde don Alvaro, á cuya noticia no podía menos de llegar lo sucedido. De improviso le ocurrió una idea perversa: resolvió ir sin tardanza á poner, en noticia de Alhamar, el inmediato leque ó rey moro de Arjona, la situación en que estaba el castillo de Martos y la buena coyuntura que se le presentaba para apoderarse de aquella tan codiciada é inespugnable fortaleza. Inmediatamente puso por obra su inicuo designio, partiendo á todo escape de su caballo; pero antes se volvió hacia el castillo y el sitio en que estaba la condesa, levantando su brazo en enérgico ademán de amenaza y como diciéndola:

—¡Os prometo, señora, que os acordareis de mí!

IV.

Cuando Alhamar, rey de Arjona, se halló con la inopinada propuesta del traidor Fortun, y cuando se convenció de que le sería posible apoderarse de la Peña y castillo de Martos, lo que era uno de sus sueños dorados, mandó inmediatamente tocar á el arma y salió al frente de todos los árabes de la ciudad y la campiña que pudo reunir. Lisonjébase con la esperanza del triunfo, y con la de enriquecer su harem con las bellas damas de Martos, escepto doña Irene, que según espreso con venio había de ponerse á la

TOMO X.

disposición de Fortun. La desgraciada condesa pudo adivinar la triste suerte que la estaba reservada, cuando al amanecer del día siguiente vió desde su castillo aquel ejército de turbantes que se acercaba en buen orden, y rodeaba la Peña por todas partes; pero el generoso aliento de aquella muger se acrecentaba á vista del peligro, y habiendo sido fiel al honor y á la memoria de su esposo, quiso también ser la heroína de la patria. Conociendo que no podía esperar socorro de nadie, y que su propia virtud y valor eran quienes la habían de preservar en aquel recinto en donde mandaba como soberana, adoptó un ardid que produjo el mejor efecto, por más que ya no fuese nuevo en la historia de España. Hizo que todas las mugeres que había en el castillo entrasen en la sala de armas y se revistiesen con los cascos, celadas, petos y corazas que allí había, y la misma condesa se puso las armas de su marido, que lejos de prestar fiereza á su semblante, parece que realzaban la belleza de sus facciones. Después comunicó su intento, no de resistir precisamente, sino de contener á los enemigos con aquella estratagema, animando á todas las mugeres con su voz, con su ejemplo y con el invencible poder de sus ojos.

En tanto los infieles, después de haber ordenado y distribuido su hueste, empezaron á subir como codiciosas hormigas por todos los senderos de la Peña en dirección al castillo, cuyas puertas estaban cerradas, pero que les parecia enteramente abandonado. Adelantóse, sin embargo, un enviado á llamar á las puertas y á intimar la rendición á los que dentro estuviesen; pero tuvo que retirarse bien pronto para no morir aplastado por las enormes piedras que le arrojaron de las murallas, que aparecieron de improviso coronadas de gente armada, cuyos cascos, lanzas, alabardas y espadas relumbraban perfectamente á los rayos del sol.

Quedaron los moros atónitos con tal espectáculo, y todas las miradas se volvieron hacia Fortun, que ni sabía qué escusa dar, ni tampoco comprendía lo que miraban sus ojos. De todos modos ya era tarde para retroceder, y Alhamar puso su gente en orden de batalla para emprender el asalto; pero en aquel mismo instante el clarín de guerra de los cristianos resuena á espaldas de su pequeño ejército, y al través del polvo distingue un destacamento de caballería que viene á galope hacia el castillo. Alhamar, furioso, hace una seña, y algunos de sus más formidables guerreros se apoderan en el acto de Fortun, desatendiendo las protestas de inocencia y las escusas que él, completamente aturdido, en vano procura articular.

V.

Los preparativos del rey de Arjona y su marcha contra la fortaleza de Martos, no pudieron hacerse con tanta prontitud y tanto sigilo que no se esparciese alguna alarma por la campiña, y no llegasen á oídos de los caballeros y gentes de armas de las cercanías. Conoció entonces Alonso de Meneses el desacierto que había cometido en salir del castillo, é inmediatamente dispuso dar á él la vuelta, acompañado de cuantos pudieran servir de algo en aquel conflicto. Como unos cien hombres, á lo más, llegaron al pie de la fortaleza: corto número á la verdad contra todo el ejército infiel, que volviendo la espalda á Martos se presentó á cerrarles el paso, conociendo cuán infructuosa iba á ser su empresa si aquel refuerzo entraba en el castillo; pero venía entre aque-

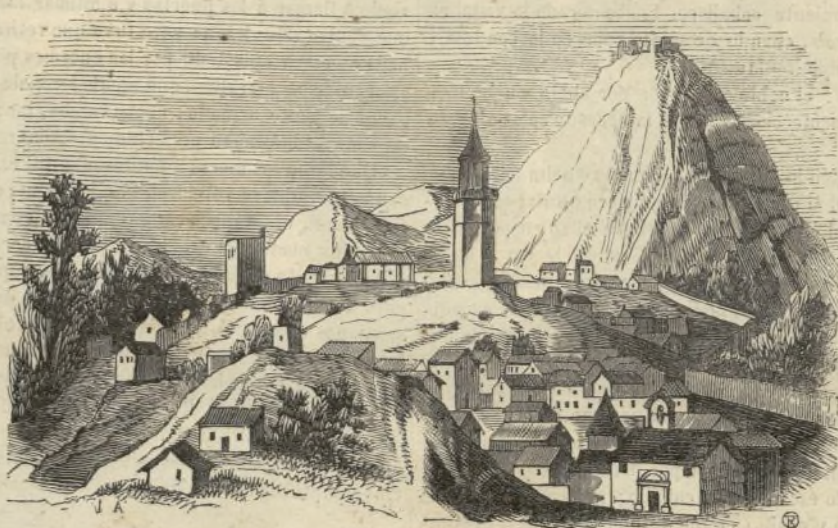
llos valientes el esclarecido Garci Perez de Vargas, terror de los moros de Andalucía, el que con la impetuosidad propia de su carácter y con la urgencia que el caso requería, mandó estrechar todo lo posible las distancias de los caballos, poner la lanza en el ristre y cubrirse bien con los escudos, y dirigiendo á su pequeña hueste algunas enérgicas palabras, da la señal y el ejemplo de acometer. Los guerreros, inflamados con sus palabras y con el ardor que le anima, se le aproximan, y aquel apiñado escuadrón rompe con estrago por medio de las filas de los enemigos. Agópanse estos con espantosa gritería á impedir el paso de aquellos hombres temerarios; pero Garci Perez siempre avanza, revolviendo el caballo con incomparable maestría, y abriéndose paso con su formidable lanza, hace morder el polvo á los que no conociéndole se atreven á ponerse delante de él. La columna de los cristianos se disminuye, sin embargo; algunos perecen en el encuentro: otros caen de los caballos y son atropellados, llamando á sus compañeros que no les oyen, y otros van heridos y llevando clavadas las flechas y armas arrojadas de los moros; pero al fin el pequeño destacamento rompe, atropella, derrota, llevando el espanto y la muerte por todas partes, salva la vanguar-

dia de los enemigos, y se dirige á escape al castillo, cuyas puertas se abren de par en par.

Alhamar, viendo este suceso, manda tocar retirada, y todo su ejército se ausenta con desorden y precipitación, llevándose, empero, los muertos, heridos y despojos, y sin dejar en el campo mas que el cadáver del misero Fortun, acribillado á saetas, muerte que pareció á los infelices vengativos digna de su alevosía.

Cuando Garci Perez de Vargas, acompañado de sus valientes, penetró en el castillo y fué á presentarse al gobernador, á el aspecto de la condesa doña Irene y de la escolta armada de sus damas, defensoras de la fortaleza, le parecieron bien mezquinos los lauros que él y los suyos, cubiertos de polvo y de sangre, acababan de conquistar. Al aspecto de aquella heroica y respetable matrona, hincó la rodilla para hacerla homenaje de su reciente victoria, y para atribuirle en nombre del soberano todo el mérito de la defensa de Martos, comprendiendo y admirando de lo que es capaz el entusiasmo generoso, el ardor y valentía de una muger.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



La Peña de Martos



FIN DEL TOMO DIEZ.

INDICE POR ORDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS HISTORICOS.

ATILA; por don A. Pirala, pág. 105.
 GARCIA RAMIREZ DE MADRID; por don Francisco F. Villabrille, pág. 115.
 EL DEMONIO DEL LAGO; pág. 121.
 INDEPENDENCIA DE LOS HUNGAROS; por don I. A. Bermejo, pág. 164.
 SOBRE LA PÓLVORA, armas de fuego, artillería española; por don F. J. y Graells, pág. 165.
 CONSIDERACIONES GENERALES acerca de la Hungría; pág. 177.
 LA VIRGEN DEL PUIG; por don A. Magariños Cervantes, págs. 178 y 215.
 LA MUERTE DE ABDELMELIK; por don F. F. Villabrille, pág. 209.
 UNA INUNDACION EN EL PIEMONTE; página 255.
 BELTRAN DE ERIL; por don F. F. Villabrille, pág. 260.
 INCENDIO DE ASTAPA; por don F. F. Villabrille, pág. 9.
 NOTICIAS HISTORICAS sobre la pólvora, armas de fuego y antigua artillería española; por don F. J., pág. 15.
 COPIA de un curioso privilegio dado en 1441 por el rey don Juan II de Castilla; página 23.
 EPISODIO del combate de 1801 en el estrecho de Gibraltar; pág. 24.
 HECHO CABALLERESCO de don Ramon Berenguer Arnao, noveno conde de Barcelona; por don José Quevedo, págs. 28 y 66.
 DON JUAN DE AUSTRIA y el pintor de porcelana; pág. 44.
 ABDICACION de la corona de España por el emperador Carlos V; pág. 46.
 SUPPLICIO DE MARIA ESTUARDO; pág. 47.
 SUPPLICIO DE JACOBO MOLAY, gran maestro de los Templarios; pág. 70.
 INUNDACION DE HOLANDA; pág. 74.
 LA TOMA DE GIBRALTAR; por don F. Fernandez Villabrille, pág. 86.
 MEDIA HORA antes de espirar; pág. 102.
 ENTREVISTA de Felipe IV y Luis XIV en la isla de las Conferencias; pág. 138.
 JUANA DE ARCO, nuevos pormenores acerca de su historia; pág. 159.
 EL VALOR DE UNA MUGER; por don Francisco Fernandez Villabrille, pág. 287.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA CATEDRAL DE AMIENS; pág. 2.
 HISTORIA DE MAURICIO; págs. 2, 35, 57 y 81.
 LA VENDIMIA EN CAPRI; pág. 18.
 EL TRONO IMPERIAL de Rusia; pág. 30.
 POSESIONES INGLESAS; pág. 66.
 CORLENTZ; pág. 89.
 LA RUSIA Y LOS RUSOS, monumentos, recuerdos históricos, costumbres.—El monasterio de Troitz; pág. 90.
 LA GOLONDRINA y la catedral de Murcia; pág. 97.
 BOLONIA; por el conde de Fabraquer, página 110.
 MOSCOU; pág. 136.
 SUMATRA; por don F. Sepúlveda, página 159.
 LA RUSIA Y LOS RUSOS; págs. 153, 169 y 195.
 EL CABO DE BUENA-ESPERANZA; por don F. Sepúlveda, pág. 267.
 RECUERDOS ORIENTALES; pág. 284.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

CRÓNICAS DE POBLET, San Bernardo de Aleira; por don Joaquin Ferrandis, página 51.
 LA ROSA DEL PRIORATO; por don Joaquin Ferrandis, págs. 75 y 99.
 AMÉRICA DEL SUR; primeras naves de la marina mejicana; págs. 117, 126.
 UNO CONTRA CUATRO; pág. 160.
 AMOR FILIAL y generosidad; pág. 164.
 EL CORTESANO convertido en rey; página 176.
 DIARIO de un pobre vicario; págs. 181, 206 y 255.
 MARTIN PAZ; págs. 218 y 241.
 LA LEYENDA DE LA SERPIENTE; página 263.
 DEL ARTE DE LA TAPICERÍA; pág. 282.

ESTUDIOS MORALES.

VISIONES NOCTURNAS en los campos; por Jorge Sand, pág. 18.
 EL CIEGO DE PERIGORD; por don M. de F. F., pág. 44.
 LA TOQUEILLADA; pág. 44.
 EL ABORRECIMIENTO; pág. 95.

IRENE; por don A. Magariños Cervantes, págs. 106 y 151.
 LAS DIEZ TRABAJADORAS de la tía Santa; pág. 142.
 TORIBIO EL MAYOR y Toribio el Menor; por A. Aragon, pág. 143.
 LOS CINCO SENTIDOS; pág. 149.
 LA VIDA HUMANA; pág. 240.
 EL LLANTO DE UNA NIÑA; por don A. Magariños Cervantes, pág. 276.

HISTORIA NATURAL.

EL PEQUEÑO PALEOTERIO; pág. 48.
 LA COCHINILLA; pág. 71.
 EL BALENICEPO REY; pág. 96.
 EL DINOTERIO GIGANTE; pág. 144.
 EL MARABU; pág. 201.

ESTUDIOS LITERARIOS.

LAS CARTAS; por don L. M. de Larra, página 115.
 CELLAR; leyenda americana, por don Ildefonso A. Bermejo, pág. 203.
 A UNA FLOR MARCHITA; poesía, por don Rafael Maria Baralt, pág. 211.
 FRAGMENTO DE UNA OBRA INÉDITA; por don I. A. Bermejo, pág. 274.
 A LA VEJEZ VIRUELAS; por don J. Eugenio Hartzembusch, pág. 285.
 LAS ABARCAS OLOROSAS; por id., página 285.
 TORCUATO TASSO; por don I. A. Bermejo, págs. 257 y 286.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

ANDRÉS VESALE; pág. 217.
 CARLOS GRANDEMANGE; pág. 256.
 PEDRO DE LA RAMÉE; pág. 266.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

MUGERES CHINAS; pág. 11.
 LAS BAYADERAS DE PERSIA Y SUS CANTOS; por don C. de Ch., pág. 26.
 RECOLECCION DE FRUTAS EN SUIZA; página 73.
 LA INGLATERRA Y LOS INGLESES; páginas 185, 215 y 250.
 SEGADORAS y limpiadoras de granos, italianas; pág. 200.

INDICE POR ORDEN ALFABÉTICO.

A LA VEJEZ VIRUELAS; por don J. Eugenio Hartzembusch, pág. 285.
 A UNA FLOR MARCHITA, poesía; por don Rafael Maria Baralt, pág. 211.
 ABDICACION DE LA CORONA DE ESPAÑA

por el emperador Carlos V; pág. 46.
 ABORRECIMIENTO (el); pág. 95.
 AMÉRICA DEL SUR, primeras naves de la marina mejicana; págs. 117 y 126.
 AMOR FIAL Y GENEROSIDAD; pág. 164.

ANDRÉS VESALE; pág. 217.
 ATILA; por don A. Pirala, pág. 105.
 BALENICEPO REY (el); pág. 96.
 BAYADERAS DE PERSIA Y SUS CANTOS; por don C. de Ch; pág. 26.

- BELTRAN DE ERIL; por don F. F. Villabril-
le, pag. 260.
- BOLONIA; por el conde de Fabraquer, pá-
gina 110.
- CABO DE BUENA-ESPERANZA (el); por don
F. Sepúlveda, pag. 267.
- CÁRLOS GRANDEMANGE; pag. 256.
- CARTAS (las); por don L. M. de Larra,
pag. 115.
- CATEDRAL DE AMIENS (la); pag. 2.
- CELIAR, leyenda americana, por don I. An-
tonio Bermejo, pag. 205.
- CIEGO DE PERIGORD (el); por don M. J. F.
pag. 41.
- CINCO SENTIDOS (los); pag. 149.
- COBLENTZ; pag. 89.
- COCHINILLA (la); pag. 71.
- CONSIDERACIONES GENERALES acerca de
la Hungría; pag. 177.
- COPIA de un curioso privilegio dado en
1441, por el rey don Juan II de Casti-
lla; pag. 25.
- CORTÉSANO CONVERTIDO EN REY (el); pá-
gina 174.
- CRÓNICAS DE POBLET, San Bernardo de
Alcira; por don Joaquín Ferrandis, pági-
na 51.
- DEL ARTE DE LA TAPICERÍA; pag. 282.
- DEMONIO DEL LAGO (el); pag. 121.
- DIARIO DE UN POBRE VICARIO; pag. 181.
- DIEZ TRABAJADORAS DE LA TÍA SANTO-
ÑA, (las); pag. 142.
- DINOTERIO GIGANTE (el); pag. 144.
- ENTREVISTA DE FELIPE IV Y LUIS XIV,
en la isla de las Conferencias; pag. 158.
- EPISODIO DEL COMBATE DE 1801 en el es-
trecho de Gibraltar; pag. 24.
- FRAGMENTO DE UNA OBRA INÉDITA; por
don I. A. Bermejo, pag. 274.
- GARCIA RAMIREZ DE MADRID; por don
F. F. Villabril, pag. 113.
- GOLONDRINA (la) y la catedral de Murcia;
pag. 97.
- HECHO CABALLERESCO de don Ramon Be-
rrenguer Arnao, noveno conde de Barcelo-
na; por don José Quevedo, págs. 28 y 66.
- HISTORIA DE MAURICIO, págs. 2, 35, 57
y 81.
- INCENDIO DE ASTAPA; por don F. F. Vi-
llabril, pag. 9.
- INDEPENDENCIA DE LOS HUNGAROS; por
don I. A. Bermejo, pag. 264.
- INGLATERRA Y LOS INGLESES; págs. 185,
215 y 250.
- INUNDACION DE HOLANDA, pag. 74.
- IRENE; por don Alejandro Magariños y Cer-
vantes, págs. 106 y 151.
- JUAN DE AUSTRIA (don) y el pintor de
porcelana; pag. 44.
- JUANA DE ARCO, nuevos pormenores acer-
ca de su historia; pag. 159.
- LAS ABARCAS OLOROSAS; por id., pági-
na 285.
- LEYENDA DE LA SERPIENTE (la); pági-
na 256.
- LLANTO DE UNA NIÑA (el); por don A. Ma-
gariños Cervantes, pag. 276.
- MARABU (el); pag. 102.
- MARTIN PAZ; págs. 218 y 241.
- MEDIA HORA ANTES DE ESPIRAR; pági-
na 102.
- MOSCÚ; pag. 156.
- MUERTE DE ABDELMELIK; por don
F. F. Villabril, pag. 209.
- MUGERES CHINAS; pag. 11.
- NOTICIAS HISTÓRICAS sobre la pólvora, ar-
mas de fuego y antigua artillería espa-
ñola; por don F. J. pag. 15.
- PEDRO DE LA RAMÉE; pag. 266.
- PEQUEÑO PALEOTERIO (el); pag. 48.
- POSESIONES INGLÉSAS; pag. 66.
- RECOLECCION DE FRUTAS EN SUIZA; pá-
gina 75.
- RECUERDOS ORIENTALES; pag. 284.
- ROSA DEL PRIORATO (la); por don Joaquín
Ferrandis, pag. 51.
- RUSIA Y LOS RUSOS (la); págs. 90, 155,
169 y 193.
- SEGADORAS y limpiadoras de granos, ita-
lianas; pag. 200.
- SOBRE LA PÓLVORA, armas de fuego,
artillería española, por don F. Janer y
Graells, pag. 165.
- SUMATRA; por don F. Sepúlveda, pági-
na 159.
- SUPPLICO DE JACOBO MOLAY, gran maes-
tre de los templarios; pag. 70.
- SUPPLICO DE MARIA ESTUARDO; pag. 47.
- TOMÁ DE GIBRALTAR; por don Francisco
F. Villabril, pag. 86.
- TOQUEILLADA (la); pag. 44.
- TORCUATO TASSO; por don I. A. Berme-
jo; págs. 257 y 286.
- TORIBIO EL MAYOR y Toribio el Menor,
por A. Aragon, pag. 145.
- TRONO IMPERIAL DE RUSIA; pag. 50.
- VALOR DE UNA MUGER (el); por don Fran-
cisco Fernandez Villabril, pag. 387.
- VENDIMIA EN CAPRI (la); pag. 18.
- VIDA HUMANA (la); pag. 240.
- VISIONES NOCTURNAS en los campos; por
Jorge Sand, pag. 18.
- VIRGEN DEL PUIG (la); por don Alejan-
dro Magariños y Cervantes, pag. 178.
- UNA INUNDACION EN EL PIEMONTE; pá-
gina 255.
- UNO CONTRA CUATRO; pag. 260.

